







Luis H. de Larramendi

# EN LA AVANZADA

VOLUMEN I

Critica política. \* Cuestiones vascas.

Cinematógrafo.

LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI



MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Calle de la Bola, 8.

1911



Para Cresencio Gardearabal, a  
quien conocí Marcos de Lis, con un  
carino, un correfeligionario  
amigo,

Impugnando  
de avanzando

Julio - 1911.

EN LA AVANZADA



# EN LA AVANZADA

VOLUMEN I

**Crítica política. \* Cuestiones vascas.**

**Cinematógrafo.**

**LUIS HERNANDO DE LARRAMENDI**



MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Calle de la Bola, 8.

1911



# EXCUSAS PREVIAS

---

Lector, este pequeño volúmen, y otros varios que han de seguirle haciendo colección, salen á luz sin pretensiones.

Insensiblemente, estimulado por los acontecimientos, é impulsado por el fuego de las convicciones que siempre he profesado, fui componiendo estos trabajos literarios, que sin orden ni periodicidad regular, aparecieron en diversas publicaciones.

Ignoro si por justicia y buen gusto, ó simplemente por descuido, jamás me preocupé de conservarlos; los hay, que hace muy poco tiempo estaban olvidados en absoluto.

Pero diferentes veces he recibido la sorpresa, harto halagüeña, de saber que personas dignas de mucha estimación, con quienes no me ligaba vínculo de amistad, hacían la inmerecida y espontánea merced á mis artículos de leerlos y por añadidura coleccionarlos.

No ha faltado tampoco algún requerimiento para inducirme á que los recoja y saque nuevamente al público.

Dudando si hacerlo, advertí que mi desperdigada y desinteresada labor, constituía un bagaje de relativa importancia por su cantidad.

Tuve entonces la satisfacción de comprender que había en los años andados de mi juventud, un gesto apreciable: la ardiente preocupación por los destinos de mi Patria.

Digo esto con tonos de confesión, porque también me mueve á formar la serie de volúmenes que con el presente comienza, cierta romántica complacencia de poder hojear en unas cuantas pági-

nas el conjunto de reflexiones y deseos que viene á ser como la crónica de mis primeros años de juventud.

Por último, dos consideraciones han conseguido decidirme.

Las constantes consultas que hacen *Juventudes, Juntas*, periódicos y particulares, muestran el ansia de leer y de hacer leer que sienten las masas tradicionalistas, siendo escasa la bibliografía apropiada que existe.

Creo que hace falta dar ejemplo, y en la corta medida de mis fuerzas procuro hacerlo, ya que no depende de mí publicar tanto como se podría y precisa para la propaganda; entre todo ello, quiero aludir concreta y expresamente á los escritos del malogrado é incomparable Bolaños.

Confío en la buena acogida que los amigos políticos dispensarán á estos *fiambres*, teniendo en cuenta la intención que me aconseja.

Si es voluntad de Dios, podré ofrecer-

les pronto cosas de más empeño, que terminaré mientras van apareciendo los insignificantes tiroteos *en la avanzada*.

L. H. de L.

Madrid Abril, 1911.



❧ Revolucionarios

❧ Y ❧

antirrevolucionarios. ❧



# INDIVIDUALMENTE

---

◆ Octubre 1909. ✱

Yo no pretendo definir ni dar la pauta de la conducta ajena; tengo bastante reflexión para recogerme en mi modestia.

Voy á hablar *individualmente*, respondiendo al requerimiento hecho por el Sr. Maura á las derechas.

Los dimes y diretes entre conservadores y liberales de que abunda el discurso ante las mayorías parlamentarias, quedan á un lado. El país dictó, hace tiempo, su fallo inapelable, que abarca todos los incidentes.

Los términos interesantes del discurso son aquellos referentes á las posibles posiciones de las derechas enfrente de la revolución social que amenaza derrocar el orden civil completo, aniquilar el progreso alcanzado por el esfuerzo humano durante siglos, y hasta cegar los claros manantiales de donde surge.

Mi opinión personal, salvo el caso de no

haber interpretado exactamente las palabras del Sr. Maura, es que en ese punto el discurso ha de ser un fracaso, un lamentable fracaso.

Es válido y exacto aquel pequeño párrafo que declara ilícito contubernio cualquiera coalición entre católicos-traditionalistas y liberales-conservadores.

Pero ¿qué valor tienen, qué absurdo propósito encierran ó qué sueño eclipsó la notoria habilidad del Sr. Maura en aquellas frases con que pedía nuestro concurso personal para apoyar su acción, acreditada de impotente, y su significación y su sistema, sobre los cuales pesa hoy la más unánime acusación de ostensible é irremediable bancarrota?

El Sr. Maura estaba en posesión del Poder, en un plano más real que el de las promesas y los anhelos, en el más propio palanque de la acción.

Tenía consigo un ministro formidable, monstruo de laboriosidad, ejemplo de serena entereza, con la aureola de padecer dignamente persecución enconada é injusta.

Era régulo de compactas, valiosas y dóciles mayorías parlamentarias.

El país, si no estaba con él, estaba á su lado de momento, por circunstancias de la Patria y del orden.

Enfrente había un bochorno de despresti-

gio, miserables hambres en acecho, y una tolvanera de codicia, incapacidad y algarda por todo enemigo.

Y el Sr. Maura tuvo que dejar el Poder á conciencia de la responsabilidad de dejarlo.

No ha sido la muchedumbre, ni han sido las mayorías, ni han sido los ministros, en rigor, los que han ocasionado el abandono del Poder á la hidra.

Ello estaba en las entrañas del régimen.

Y ¿es eso lo que nos pide el Sr. Maura que sostengamos?...

El fantasma macabro del ajusticiado de la Escuela Moderna ha podido tener interrumpida la vida nacional. Nos olvidábamos de la guerra, de sus héroes y de sus orfandades; teníamos el Ejército de la Patria y sus tribunales de justicia sobre la mesa de la burda disección pública; todas las actividades, todas las debidas atenciones estaban en suspenso ante las consecuencias posibles de haber fusilado un anarquista: el régimen consiente que nos pueda absorber á todos un chismorreo rufianesco.

A la luz del sol, impresas por millones y expuestas de palabra en el arroyo de la calle, se han repetido, hasta lo inconcebible, las apologías y las santificaciones de la delincuencia: el régimen no suministraba medios legales de evitarlo.

Hasta el santo Símbolo de la tierra, de la sangre, de la independencia y de los amores de España, han llegado desde el lodazal á dejar el insulto de sus huellas las botas extranjeras; y el régimen ha debido hacérselo soportar.

¿Qué más? ¿Qué injuria no se ha escrito, qué afrenta no se ha lanzado, qué imputación bochornosa no se ha dirigido contra los mismos ministros del Gobierno conservador? Pues su propia conducta atestigua que el régimen no admite medio lícito para restituirse justicia.

¿Es que el Sr. Maura nos promete sanearlo?... ¿Cuándo? Porque desde el Poder, que parece el lugar adecuado, ya hemos visto lo que ha conseguido.

\* \* \*

Pero, ¿qué significa eso de sanear el actual sistema político?

De todo lo que viene sucediendo, lo que menos importación tiene, con tenerla tan grande, son las perturbaciones concretas del derecho.

En todo Estado, por puras y perfectas que fueren su naturaleza esencial y su constitución orgánica, podrían promoverse tumultos, ejecutarse saqueos, engañarse á las turbas,

levantarse antipatias contra determinadas instituciones.

Lo que no puede suceder en todos, es que legalmente se reconozca á las conciencias el derecho de estimar esos desmanes como corolarios científicos, morales y políticos; como dictados respetables de la razón individual y hasta como ejercicios de la soberanía.

Esto sólo puede suceder desde que el sistema político, en aquel apoyo filosófico que cada uno presupone, comienza á adolecer de racionalismo.

El Sr. Maura, desgraciadamente, á pesar de su capacidad y de sus dotes, acusa de continuo una información filosófica, no ya deficiente, sino absolutamente inaceptable.

En ese discurso que nos requiere, no se recata de decir: «nosotros no nos asustamos de que se despliegue al viento cualquier programa y cualquier bandera, por radicales que sean sus lemas, aunque nos parezcan nocivos, ruinosos y temerarios, porque con igual derecho otros españoles en su conciencia y en su patriotismo, lo pueden creer salvador».

Y ese concepto, mediante el cual las verdades fundamentales pasan á ser inciertas, y en vez de corregir al que yerra, se le abre campo para que puedan llegar los pueblos á ser víctimas inocentes de las consecuencias de sus yerros personales, y toda opinión se

legítima y hasta benévola y paradójicamente se la supone acompañada de la buena fe; ese concepto, sostenido por el Sr. Maura mil veces, en mil fases; entraña del sistema, matriz de las llamadas libertades; es el origen de todos los desórdenes públicos, comenzando por la división permanente de las naciones en partidos políticos, y acabando por las protestas contra el fusilamiento de un anarquista, en nombre del respeto al pensamiento humano.

Todo género de manifestaciones revolucionarias en cualquier Estado podrán darse como hechos aislados; pero en serie lógica y gradual aparecerán todas, con derecho á ser respetadas, mientras subsista ese concepto, que es la fórmula íntegramente comprensiva de la revolución.

¿Y el Sr. Maura nos llama para que le sostengamos contra la revolución?

¡Si la revolución comienza en él!

\* \* \*

Nosotros somos los únicos libres y ajenos respecto de ella. Puros y organizados, somos el depósito sagrado de unos principios y de una raza, cuya misión, frente al caos universal, no puede hoy calcularse.

No tenemos que movernos, ni colectiva ni

individualmente, para luchar con la revolución.

Serán los demás los que vayan viniendo á nosotros.

Será el Sr. Maura mismo quien, no obstante ser revolucionario, al oponerse á determinados avances de la revolución, se encontrará colocado junto á nuestro puesto de siempre.

Por un momento, como circunstancias de la lucha, podremos combatir juntos, aunque deslindadas las huestes y obedeciendo siempre á jefes distintos.

Hasta podremos admirar la arrogancia, si la hay, y el mérito personal en todo su valor, del luchador de al lado. Hasta quizá, si cae alevosamente, saldrán de nuestras filas, sin que entonces nadie pueda evitarlo, corazones generosos con los tristes destinos, que salden una cuenta de cabezas.

Pero ni colectivamente, ni individualmente, nos moveremos de nuestro sitio. Aunque nada signifique, ello es tan verdad y tan claro que puedo decirlo con seguridades.

Para aniquilar la revolución, nosotros, que somos la montaña, no iremos á nadie.

Los hombres de buena voluntad vendrán á la montaña.

## Los "conservadores,, de la anarquía.

---

● 23 Agosto 1910. \*

Hay periódicos madrileños que traducen de *Le Gaulois* y demás Prensa francesa chistes de escaso gracejo.

*La Époque* publica unos «Ecos del día» originales, absolutamente chistosos.

Anteanoche —y no es la primera vez—, llama á los tradicionalistas... ¿Qué pensará el lector?... ¿Absolutistas? No; ya he dicho que los «Ecos» son originales. Nos llama... ¡anarquistas!

Lo escribe con cierta saña. Yo calculo que el sueltista nos teme, prevé un próximo y transcendental cambio político, y, en la medida de sus fuerzas, procura oponernos el odio de los lectores: algunas duquesas que van á Palacio y muchos empleados públicos que van... adonde lleguen.

Lamentamos que el odio de las duquesas

no nos inquiete. Tenemos el *chic* de ser un poco fatuos con el bello sexo; su odio es, al fin y al cabo, un interés que nos envanece.

En cuanto á los empleados públicos, nos comprometerían con sus simpatías, porque careceríamos de libertad para anatematizarlos, y eso es perder un tópico de propaganda muy socorrido, y, en general, muy justo.

Esto aparte, parece oportuno exponer ciertas pequeñas observaciones.

De que el hombre no delinca con el pensamiento, se desprende el derecho á existir de todas las ideas. Esto supone que todas son respetables.

Así, pues, libres de trabas, tienen derecho al respeto cuantas felices ó infelices ocurrencias se pretenda considerar como ciencia.

Hay derecho á desenvolver en concepto de arte lo que mejor acomode: con De Quincey, apreciar el asesinato como una bella arte, y que el más alto desarrollo de la moralidad consiste en transformarse en un ser híbrido bisexual, con Peladán.

Se sigue que pueden enseñarse todas las ideas en las escuelas de la infancia y en las cátedras superiores: que el uniforme militar es una librea puesta á esclavos, cuya misión consiste en defender los latrocinios del capital, según Hervé, y, de acuerdo con Pío Baro-

ja, que en la España contemporánea apenas si descuella otro grande hombre sino Mateo Morral.

De esa misma afirmación se deduce que son respetables las opiniones de los médicos acerca de aviación, las de los aviadores en asuntos de comercio, las de los comerciantes en astronomía y las de los astrónomos en procedimientos de repostería.

Además, claro está, las de todos estos señores, de los honrados mozos de cuerda y las de todo hombre, desde el Pontificado hasta la gañanía, acerca de Religión, filosofía, sociología, economía, derecho y sus relaciones que implica la política.

Como las ideas de todos son igualmente lícitas y respetables, es un derecho agruparse en partidos políticos para mejor defender cada cual las suyas, y, de la existencia de estos partidos, nace la división permanente del pueblo en porciones opuestas y contrarias: una guerra civil constante con lucha, apóstrofes, apasionamientos, injurias, golpes, atentados á la vida de las personas, y el añadido de que el padre se halle frente al hijo, el hermano del hermano, etc.

Porque esa lícita existencia de partidos permanentes, plantea un pleito *á priori*ístico, aunque inacabable, acerca de la gobernación del Estado.

Se luchará porque sea el Gobierno una Monarquía pura, ó Monarquía constitucional, ó República, ó, sencillamente, porque no haya Gobierno. Entre los partidarios de la Monarquía constitucional, se luchará por los *perenganistas* en contra de los *zutunistas*. Y entre los de la República, por si ésta ha de ser aristocrática, federal, parlamentaria, democrática ó socialista.

Ante esta contienda implacable ó inacabable, pero lícita, los ocupantes del Poder se limitarán á salir del paso en los continuos trastornos de orden público ó, á falta de programa y de seso, avivarán las pasiones para hacer que hacen é ir *tirando*, siempre sin realizar ninguna labor práctica y útil. Con la particularidad de que cualquier cosa que hagan encontrará el descontento de cuantos no son de su partido, en virtud de los derechos de las ideas contrarias.

Todo lo cual equivale á la anarquía en la ciencia, la anarquía en el arte, la anarquía en la enseñanza, la paralización del Gobierno, que es la Anarquía; la anarquía en la vida pública, la anarquía en la vida social, y hasta la anarquía dentro de la familia.

La lógica aconseja que las ideas se realicen en la conducta, y, siendo lícitas todas, la consecuencia es una anarquía incomensurable; mas, si por una de tantas acometidas á la

lógica, se pretende que el pensamiento no cumpla su finalidad natural de dirigir los actos, ello supone la anarquía... dentro del individuo.

Otra observación.

El jefe del Gobierno que cuenta con la confianza de la Corona, con mayorías parlamentarias compactas y entusiastas de su persona; que tiene circunstancial, pero decididamente, las simpatías del Ejército y el apoyo moral de las derechas, y en estas condiciones, tira el Poder ante los radicales avances de la revolución en días de peligro, de sangre, de aviesas influencias extranjeras, realiza un hecho de supremo anarquismo.

Y si además lo entrega á gentes de quienes á los pocos días dice, en un solemne discurso, que son cómplices del anarquismo profesional, malos patriotas y capaces de poner en el fangal de las concupiscencias su turbina para hacer su labor de ambición, ese ex-jefe de Gobierno está incapacitado para volver á ocupar su puesto, por anarquismo temerario.

No puede la nación esperar de él sino que lleve al Poder al Sr. Canalejas y que le cree, artificialmente, un partido nuevecito.

A quienes defendemos los principios inmutables del orden social, no á la manera que quiera suponerlos cualquier ideologista, sino según la revelación divina juntamente con la

naturaleza de la sociedad, y la tradición como mecanismo natural para su desenvolvimiento en la Patria á través del tiempo, no se nos puede llamar anarquistas, salvo el caso de intentar ponerse en ridículo; nosotros somos los únicos conservadores sociales.

Anarquistas son los que aceptan el dogma político y la obra del Sr. Maura.

Quienes no tienen el más remoto fundamento para apellidarse conservadores, so pena de que al llamárselo se sobrentienda que significan *conservadores de la anarquía*.





# DINÂMICA LIBERAL



# El Gobierno de los apóstrofes.

---

\* 17 Junio 1910. \*

•*Señores Senadores y Diputados:*

•Animado por sincera fe en este régimen  
de publicidad y de contradicción...•

(Discurso de la Corona.)

El proceso normal del pensamiento no es libre. Parte de las fatales leyes psicológicas, sigue el cauce obligado de la lógica, y tiene el fin forzado de la verdad.

Este es el pensamiento digno de respetos, útil á los hombres y fecundo á las sociedades, en las que precisa garantías y organismos.

Pero en nuestro tiempo— ¡edad de la más asombrosa ridiculez! — bajo el nombre de libertad se amparan las perturbaciones psicológicas, las incongruencias discursivas y los fines torcidos; á sus frutos monstruosos se les declara pensamientos respetables... y libres.

Es admirable el fenómeno constante de que cuanta mayor reputación de *libre* adquiere una teoría, es siempre tanto más disparatada.

Así debe ser. Porque la libertad, en materia de pensamiento, supone indefectiblemente algún quebranto de las leyes rigurosas que le regulan. El mayor error supone—de un modo ú otro—el mayor quebranto de esas leyes, que es en lo que consiste la mayor libertad.

La constitución política de los Estados contemporáneos, tiene como fundamento esencial la libertad del pensamiento.

Sabido es que ese principio toma origen en el *libre examen individual* del protestantismo. Y por cierto que estaban en su punto los protestantes de la revolución inglesa al condenar la ciencia como una petulancia, madre de irritantes desigualdades...

Si el pensamiento es libre, tan respetable es el de un rústico como el de un doctor, y nadie tiene derecho á imponer sus ideas.

Así se practica hoy en los Estados liberales; por eso, la libertad de cultos, las escuelas laicas, la facultad de decir por medio de la Prensa todo cuanto se ocurra, y la licita existencia, simultánea y permanente, de encontrados partidos políticos con los más contradictorios propósitos para el gobierno de los pueblos.

Aparte los tradicionalistas—que significan el resto incontaminado de la Patria antigua, fraternal y sin banderías permanentes, con el caudal de su vida histórica asentada sobre las leyes naturales y eternas del orden social,— todos los demás grupos políticos aceptan la libertad de pensamiento de donde nacen legalmente.

Y sucede, ¡claro está!, que los partidos cuyo programa es más rico en errores, en enormidades, en aberraciones, son los más libres, los más avanzados en el camino de la libertad.

Si la libertad se ha predicado como un venerable evangelio de salvación, en su ofrenda se ha derramado sangre generosamente, y los Estados la han puesto sobre sus cabezas inscribiéndola en el corazón de sus constituciones, ¿no tienen esos partidos un explicable motivo de orgullo y un título para merecer la admiración de los demás?

Por eso levantan la voz y yerguen la cabeza con arrogancia cada instante, encarándose con los otros partidos, más tibios en el amor del mismo ideal, y les avergüenzan gritándoles: ¡Reaccionarios!

Y los pobres tibios adoptan actitudes radicales y dan pasos continuamente, aunque temerosos, hacia adelante, para librarse de los apóstrofes y disimular su vergüenza.

Es curioso por lo absurdo, pero es un hecho, el espectáculo de la mecánica política actual.

Los partidos radicales arrastran, por sólo el procedimiento de avergonzarles, á sus inmediatos más moderados; éstos, á su vez, á los que se titulan conservadores. ¡Todo el mundo quiere ser el más liberal!

Y en ese juego, aunque pueril, desgraciadamente poderoso y eficaz, los mismos católicos hacen tristes pinitos de *hombres de su tiempo*. Hasta de las gradas de los tronos surgen arranques radicales.

Balmes escribió: «Es necesario decirlo en alta voz, para que no se olvide en las vicisitudes que según todas las apariencias estamos condenados á sufrir: el día en que los reyes sepan cumplir con su deber, aquél día terminarán las revoluciones; el día en que un motín después de sobornadas ó arrolladas las guardias se encuentre cara á cara con la persona del monarca, que sepa decir: «no firmo, no juro, ahí está mi cabeza, tomadla si queréis», aquél día los motines quedarán vencidos para siempre».

Balmes se refería á un monarca que había reasumido «toda la autoridad de sus mayores». Pero cuando la libertad de pensamiento, esencia revolucionaria, está en la entraña de un Estado, el radicalismo gobier-

na con meros apóstrofes; las asonadas son su lujo.

¡Oh! El día que los *apaches* y facinerosos, en el ejercicio de un *derecho*, propugnen sus hábitos y procedimientos de vida como teorías sociales, y se agrupen en partido político,— encontrarán varios filósofos para cimiento,— veremos un grado nuevo de la maravilla contemporánea.

¿Quién blandirá entonces la bandera más radical?

Con el epíteto ¡reaccionarios!, mágico resorte en la mecánica liberal, podrán avergonzar á quien les acomode, y ellos serán los que gobiernen.

...Si lo consiente la apatía de los tradicionalistas, ¡resto incontaminado de la Patria antigua, fraternal y sin banderías permanentes, con el caudal de su vida histórica asentada sobre las leyes naturales y eternas del orden social!



## España, conejo de Indias.

*¡Alerta!—Los judíos.—La religión de los judíos.—Socialismo capitalista—El porqué de un cebo.—El arquitecto y la reina.—Carneros y sus amigos.—España es ¡España!—¿Dónde está el caballo blanco?—Nos miran.—Lamentable historia.—«Omnia vanitas».—Canalejas, instrumento.—¡Cá!...*

✻ 11 Agosto 1910. ✻

Muchas buenas gentes, sencillas, dedicadas á sus particulares negocios, que viven nada ó muy superficialmente informadas de la política, cuya ilustración general es cortísima y nula la histórica, oyen distraidamente y sin concederle atención todo lo relativo á la influencia judaica y masónica.

Confieso que yo he necesitado cierta gravedad que van proporcionando los años y los estudios, juntamente con la ocasión reiterada que se me ha ofrecido de observar en algunos sucesos, para convencerme de que no es un tópico vacuo, ni un soñado fantasma esa influencia.

Los judíos, por su especial actitud en el escenario del mundo, constituyen un abismo de odio concentrado á la paz, prosperidad y orden de las sociedades cristianas, que se traduce en una acción tan intensa y perdurable como insidiosa.

Debo advertir que, sincero católico, yo no siento una antipatía sistemática á todo lo judío: siempre me ha desagradado la campaña de Drumont, el autor de *La France juive*.

Tradicionalista, participo de aquella rectitud española que en el siglo XIV asentía á lo que el Rabí de Carrión expresaba en sus conocidos versos:

Nin vale el azor menos  
porque en vil nido syga,  
nin los exemplos buenos  
porque judío los diga.

Pero atiendo la filosófica y segura enseñanza que se desprende de un hecho unánime en pasados tiempos: que todas las naciones recelaban, temían y hasta expulsaban á los judíos; sociedades, las que obraban así, en una edad semejante á la de los niños, con el claro instinto de qué personas les son hostiles y cuáles afectas.

Hoy el judaísmo europeo experimenta una modificación de importancia, dentre de sus disposiciones añejas. «Nuestros rabinos y

nuestros israelitas occidentales—dice un escritor francés de raza judía, M. Paul Loewengard—conservan del judaismo su orgullo, sus ambiciones temporales, sus odios y rencores. Pero aparte esto, preguntando á M. Alfred Levi, gran rabino, qué era el Mesías para la Sinagoga, obtuvo la siguiente contestación: «El Mesías es el triunfo de la justicia, el reino de la libertad y de la fraternidad. Este reino ha comenzado con la revolución francesa»...

Esta nueva posición judaica no es privativa de Alfred Levi, concuerda con declaraciones de Michel Weil, gran rabino también, autor de *Le judaisme, ses dogmes et sa mission*; de M. Rodríguez, secretario perpetuo de la *Société scientifique israélite*; del rabino de Besançon, M. Auscher, que ha dicho: «El Mesías, es decir, la perfectibilidad indefinida de la humanidad»; de M. S. Cohen, traductor de la Biblia, que de modo definitivo ha expresado: «El Mesías ha venido para nosotros el 28 de Febrero de 1790 con la declaración de los derechos del hombre».

El judaismo, depósito de odios y rencores inextinguibles, encuentra un arma útil para sus fines en la democracia, que Balzac definió tan exactamente diciendo que era «la declaración de los derechos de la envidia»; raza ambiciosa y positivista, aunque conservando las hebraicas apariencias litúrgicas, ha tras-

mutado su fe en algo parecido á esa *religión de la Humanidad* que echó á rodar por el mundo Augusto Comte.

Esto certifica una admirable noticia que *Le Nouvelliste de Lyon*, en número publicado el 15 de Junio de 1906, sacó á luz: «*L'Humanité*, el popular diario socialista de París, del que M. Jaurés, el conocido diputado y campeón socialista es redactor en jefe, es por excelencia un órgano de la judería financiera y capitalista. En el acta social constitutiva de la Sociedad *L'Humanité* nos encontramos como comandatarios de M. Jaurés á M. M. Lévy Bruhl, Lévy Brahm, Dreyfus, Louis Dreyfus, Ely Rodrigues, Leon Picard, Salomon Picard, Blum, Rouff, Casewitz, Herr, Gachs. Todos estos judíos, en número de doce, son banqueros ó agentes, propietarios de hoteles y castillos... *La Lanterne* está subvencionada por M. Pereire, y *La Petite République* está sostenida por los Rothschild».

Creo que se puede vislumbrar la causa de cierto fenómeno revolucionario estupendamente paradójico. Me refiero á que en los días de sangrientas revueltas, los frailes, las monjas, los curas, los conventos, las iglesias, los cementerios, sean el único cebo que se muestra, cuando menos libre y preconcebidamente, á las multitudes roídas por la miseria...

Se ha señalado al propio arquitecto del

templo de Salomón y á una reina de Saba como primitivos masones; mas sea de esto lo que quiera, no es necesario remontarse tanto para buscar una íntima relación entre el judaísmo y la masonería; se sabe sobradamente de muchos rabinos y simples israelitas que actualmente forman parte de las logias; se conocen muchos hechos de la historia en que esa relación se demuestra, y un mediano sentido indica qué naturalidad hay en que unan sus destinos, dado que procedan de diferentes orígenes.

La masonería está compuesta, lo habrá estado y lo estará mientras exista, de fanáticos, de hampones y de carneros: hombres que tienen odios inconfesables á la luz del día en sociedades normales; hombres de pocos escrúpulos, que quieren vivir bien y no trabajar, y hombres sin voluntad y sin sentido común. En España todos conocemos masones de quienes sus correligionarios hablan siempre poniéndoles el grillete.

En las páginas admirables de Taine acerca de los *Orígenes de la Francia contemporánea*, en la *Historia de la Revolución francesa*, de Luis Blanc; en la obra de Talmeyr, *Cómo se forma la opinión pública*, se patentiza la función masónica en la sociedad.

De la bolsa judía, principalmente, arranca la energía revolucionaria; en los cubiles

masónicos se transforma y se reparte bonitamente, y por los agitadores, la Prensa y los Clubs se conduce á los términos apetecidos.

Está bien—podrá decir alguien—; pero eso no es atañadero á España, aquí tenemos poca judería.

Eso parece que sea una razón y es sólo una ligereza.

España tiene en la historia una significación heroicamente espiritual y católica. Su psicología está forjada en la lucha religiosa de la Reconquista. Toda su acción histórica exterior é interior tiene ese carácter. «Es el único pueblo capaz de perder su dominio material por sostener el imperio de la Religión», ha dicho Ganivet en crítico elogio. Basta tener ojos para ver que la primera Nación donde se restaurarán íntegra y triunfalmente las instituciones públicas, según el eterno sentido fundamental del orden y la naturaleza de la sociedad, será España.

Por eso el espíritu sectario de los extranjeros, y de los españoles extranjerizantes, ha odiado siempre á España y á sus hombres y glorias más genuinos. Por eso hoy se pretende manejar á España como un conejo de Indias, *anima vili* de experiencias. Si en nuestra Patria triunfase definitivamente la revolución, la contrarrevolución podía darse por muerta.

Todo el mundo sabe que Ferrer, cuando el proceso de la calle Mayor, tenía por capital una casa en París, gravada con una cuantiosa hipoteca. Aquel proceso, á cualquiera persona solvente le hubiera supuesto gastos que quebrantaran su fortuna; pero á Ferrer, que pagaba 500 francos por Manuales de 30 páginas en octavo, esto á diestro y siniestro, por adelantado y sin contar con la voluntad del autor, como lo demostró el famoso cheque de 1.000 pesetas enviado á Nakens; á Ferrer, es decir, á un hombre que tiraba el dinero, era lógico que aquel proceso le costase más.

Sin embargo, al ser preso por los sucesos de Barcelona, su fortuna habla mejorado notablemente. Y téngase en cuenta que no hay noticia de negocios extraordinarios, sino, por el contrario, dispendios como el de su viaje, tan lleno de incidentes, por toda España, que muy probablemente pudo ser una excursión preparando ánimos y convenciendo y ganando adictos para sus fines.

En la revolución de Julio contaron los rebeldes con automóviles y holgura económica. Cada día salen periódicos radicales; la campaña de los elementos avanzados es intensa, supone viajes, gastos. Se echa de ver que la izquierda radical dispone de mayores medios que nunca. Y los capitalistas españo-

les no son republicanos, socialistas ni anarquistas. ¿De dónde salen esos recursos?

España, ordinariamente, no merece atención de Europa; es una chula despreciable que lleva la navaja en la liga. El *tío Sam* nos despojó de las colonias ultramarinas y nadie nos hizo caso. Pero en ejercicio de nuestro derecho, sometimos á proceso unos incendiarios, y la chusma, y algo más que la chusma de toda Europa, nos insultó y quiso imponernos su tutela.

¿De dónde sale, qué origen tiene, quién mueve todo eso?

En estos mismos momentos, ante el conflicto entre España y Roma, creado por el Gobierno, somos la actualidad europea y es manifiesta la presión que trata de hacérsenos por determinados elementos extranjeros.

Canalejas dice todos los días que le han felicitado de distintas naciones; habla á diario para la galería internacional.

¿Qué rectitud es la de esas felicitaciones entrometidas? ¿Qué conducta correcta ó justa alaban?

Canalejas ha violentado la Constitución vigente con la Real orden sobre signos exteriores y con la ley del «candado»; la ha violado también prohibiendo la manifestación de San Sebastián sin estar suspensas las garantías constitucionales; ha hollado la ley

penal tolerando, aun después de ser consultado por el Gobernador de Barcelona, la manifestación apologética del asesino Posa, realizada por unas centenas de radicales; no ha observado las más rudimentarias cortesías diplomáticas en las relaciones con el Vaticano, ha hecho pública una nota antes de transmitirla, insinuando públicamente la perfidia de la Curia romana; ha declarado que resolvería la huelga de Vizcaya bordeando la ley —¡la frase es clásica!— ó en contra de la ley; ha calumniado á *El Correo Español*, imputándole la incitación al atentado contra su persona; ha hecho befa de un diputado de la nación á coro con las comadres lenguaraces; ha inventado una conspiración que no existe ó ha faltado al deber dejando de perseguirla ante los Tribunales de justicia, caso de existir; ha dado por ciertos y comentado á placer los gritos de ¡muera España!, que al cabo resulta no haber sido proferidos; intenta perseguir á los predicadores sagrados y facilita medios para que retornen gentes maleantes expulsadas por la justicia...

Desatentado, denuncia, secuestra y veja á una Prensa tan noble y cortés, que en los momentos de mayor apasionamiento, en defensa de sus ideales más hondos y santos, no ha escrito una sola frase que traspase, ni siquiera que apure los límites de la vida pú-

blica, en estos tiempos que ningún respeto se guarda.

¡Esta es la lamentable historia del Gobierno de Canalejas, que alcanza felicitaciones!

Canalejas, el político que en los periódicos de su jurisdicción y servicio se hacía elogiar disparatadamente, hasta llegar á convertir, sin rubor por su parte, los descalabros ocasionados por la superioridad de Maura y de Cambó, en tremendas victorias; ese político, todo imitación y vanidad, que interrumpe, descompuesto, á los diputados en las Cortes y charla á los periodistas con pueril exhibicionismo egotista; Presidente del Consejo por la gracia de Maura; en su afán de parecer algo, es un juguete de los extranjeros que le felicitan.

Ultimamente, ¿no se anuncia que las negociaciones con el Vaticano intenta Canalejas trasladarlas para su prosecución al nada neutral ambiente de París?

La bolsa judía le proporciona triángulos que le den serenatas de ciego, manos que le aplaudan y Prensa que le diga dulces mentiras. Y él, todo vanidad, se hace su instrumento, comete tropelias inconcebibles, provoca la guerra civil, y con los telegramas extranjeros debajo del brazo, habla sin reposo á los periodistas, y poniéndose de puntillas para que se le vea allende el Pirineo,

les diga: ¡Soy terrible! ¡He descubierto una conspiración, como La Cierva! ¡Y me quieren matar, me quieren matar, como á Maura!

La influencia judía y masónica es un hecho grave; más aún porque es hábil y se vale de todo. Pero ¡no triunfará en España!



CUESTIONES

VASCOÑGARDAS



# Elogio de los vascos.

---

*Orak non mina, kan mia.*

Adonde el perro siente  
dolor, se le va la lengua.

*(Refrán roncalés.)*

◆ 1.º Agosto 1910. ◆

La actitud del pueblo vizcaíno parece haber desagradado al Sr. Canalejas. Ha tenido este inverosímil señor palabras de menosprecio para el telegrama que se le ha dirigido en nombre de 100.000 vizcaínos. Por añadidura ha pronunciado un discurso reclamando la enseñanza laica, medio eficaz de impedir que la futura generación le dirija telegramas semejantes.

*Orak non mina...*

Socarrón y mal intencionado, Voltaire pudo decir, á conciencia de su injusticia, que los vascos son un pueblo pequeño que baila en lo alto de los Pirineos. Canalejas acaso piense, después de sus palabras despectivas,

que los vascos son una familia insignificante que á estas horas patea de rabia.

¡Grave error! Las rabietas histéricas no son propias de la raza euskaldun, raza sana y ecuánime. Más propias son ciertas históricas *makilas*; pero tampoco para utilizarlas en rabietas majaderiles, sino en honradas defensas y en circunstancias de justa y santa indignación.

Por lo demás, el pueblo vasco, para cualquier gobernante llegado al Poder por caminos menos turbios que estos de la democracia constitucional, tiene sobrados merecimientos á profundos respetos.

En la murmuración y el charlatanismo insoportables del corredor parlamentario se trae y se lleva de continuo la libertad. Esa es la libertad incubada en el ambiente despreciable del *Palais Royal* y muy del gusto de aquellos *patriotas* que comían miembros humanos, y de sus compañeras, las prostitutas, que devoraban en crudo el corazón de ciudadanos franceses. En los juegos de palabras, que son juegos de truco, á propósito del Poder civil y el Poder eclesiástico, tiene esa libertad su asiento por derecho propio.

Pero la verdadera libertad, pura y sagrada, incontaminada de crimen, tiene sobre la tierra un trono fiel, seguro y milenario: el pueblo vascongado.

Es preciso ser blasfemo de la libertad, ignorar en absoluto lo que ella significa y no concebir sospecha de la fuerza indómita que el amor á la libertad supone, para no respetar como merece á un pueblo que es, entre todos los de la tierra, mayorazgo de la libertad.

Y hay que ser gobernante constitucional y democrático para desconocer el alcance que la protesta de un pueblo como el vascongado significa.

Ya dijo Balzac: El Gobierno constitucional, perpetua entronización de mediocridades...

No hay pueblo de una acción expansiva y de un imperio natural tan enormes y admirables, como el pueblo euskaldun. Lo que él defiende, bien defendido estará; aquello que él ame, á pesar de todos los obstáculos, será llevado en triunfo hasta los últimos confines del mundo.

Pueblo de fe y de trabajo, ¿qué puede detenerle para llegar á todas partes? Fuerte y sencillo por el amor inquebrantable á la libertad y á las viejas tradiciones, donde quiera se impone con el prestigio natural de su nobleza.

Un día fueron á la Roma de Augusto algunos montañeses; en combate épico terminaron la guerra de Cantabria; al cabo de los siglos, los más claros y esforzados varones italianos presumían de su ascendencia montañesa.

A las tierras ignoradas de América llegaron los vascos, ¡quién sabe cuánto tiempo antes que Cristóbal Colón!, y sostuvieron comercio, y dejaron huella de su idioma y de sus creencias.

En pleno siglo XIII, cuando las relaciones internacionales apenas existían, los marinos vascos obtenían cartas de gratitud de los reyes de Inglaterra, y las *Hermandades* marítimas sostenían tratos permanentes de comercio con la *Liga hanseática* de Hamburgo y Lubecq.

A mitad del XV fundaban Consulados autónomos: el de Brujas, mimado de privilegios cuyo palacio opulento se levantaba en una plaza, que aún se llama *Plaza de los Vizcaínos*; el de Middeburgo, con su iglesia; el de Lille.

Terranova, Cabo Bretón, Nueva Escocia, Canadá y Labrador se han denominado con una palabra tomada de los marinos vascos: *bakallaua*, tierra de bacalaos. Nueva Vizcaya se ha llamado á tierras de Canadá y Méjico, colonizadas por vascos.

Colonizaron en el Perú; crearon las casas más prósperas y lograron todos los puestos importantes de Chile; Andrés Bello ha dejado escrito que el hecho mas transcendental en Venezuela, durante el reinado de Felipe V, fué la fundación de la *Compañía guipuzcoana*; é hidalgo vizcaíno fué Simón de Bolívar, colo-

nizador, comerciante, quien más tarde ocupaba puestos públicos; sus hijos fundaron ciudades, y su nieto fué el *Washington del Sur*.

Un vasco fundó Asunción, capital de Paraguay; otro vasco, el inmortal Legazpi, fundó Manila; un vizcaíno, Juan de Garay, fundó Santa Fe de Vera Cruz y levantó sobre las ruinas indianas la soberbia ciudad de Buenos Aires; otro vizcaíno, Zabala, fundó Montevideo.

En plena centuria XVI, un vasco, Pascual de Andagoya, escribía á Carlos V señalándole cuántos inconvenientes han tropezado las Compañías francesa y americana, después de varios siglos de progresos materiales, para la canalización del Panamá.

Gaspar Pellegrini, Presidente que fué de la República Argentina, ha escrito: La parte de influencia euskara en la formación de la sociedad argentina, no ha sido todavía apreciada en su justo valor. Cuando Basaldúa afirmaba que la alta sociedad porteña, por ejemplo, era esencialmente vasca, sus lectores debieron sonreír, suponiendo que Basaldúa fuese más gascón que vasco; y sin embargo, nada es más verdad que esa afirmación, y nada es, al mismo tiempo, tan fácil de probar.

A lo dicho por Pellegrini puede añadirse mucho más: la creación de las más importan-

tes industrias se debe á los vascos y no sólo en la República Argentina.

No hay nada comparable á la acción expansiva y al don de imperio de ese pueblo. Un día cierto vasco busca fortuna en Marruecos y trae á Málaga una princesa marroquí para casar con ella. Otra vez un obrero vasco va á la corte del Gran Mogol y se hace dignatario y favorito. En otra ocasión un aldeano hace voto de ir á París á rezar el Rosario en la puerta de Notre Dame; en su mula, anda que anda, llega hasta las gradas del templo, sujeta del bridal la cabalgadura y se dispone á cumplir el voto; cuando la trivialidad parisién le rodea, se rie y le molesta, y la policía le indica que debería orar dentro, él, seguro de sí, sin temblores nerviosos, da cortesmente las gracias, pero añadiendo que ha hecho voto de rezar en la puerta, y sin inmutarse continúa la devoción, y luego se vuelve tranquilamente á su tierra.

«Sabiedo leer y escribir, con la añadida de vizcaíno, podéis ser secretario del mismo Emperador», murmura el *Quijote*.

No hay obstáculos, salvo los de conciencia, para el vasco.

Para él es pequeño el mundo. Apenas hay lugar sobre su haz en que no se hable casi á diario el vascuence; está por todas partes sembrado de nombres y señales vascos.

Euskaldun fué el primer hombre que se proporcionó el placer de dar la vuelta á la Tierra, navegando en un tosco barcuero. Euskaldun fué aquel Francisco Javier que intentó evangelizar por sí toda la Tierra, y su familia, que con él y otros tres hombres más casi logró el empeño.

No quiero hablar de San Ignacio, del Japón, del P. Lerchundi, de Mgr. Légasse y de tantas cosas...

Sin embargo, representan la expansión religiosa de la raza.

La fe cristiana cuenta con muy firmes é indefectibles auxilios; pero había de quedar encerrada en ese pequeño pueblo de los Pirineos, sin más que su apoyo, y pronto se extendería triunfal por todos los ámbitos mundiales.

Dentro de poco tiempo no quedará en la historia patria más recuerdo del Gobierno actual que el nombre, poco eufónico, del señor Canalejas, y acaso del Sr. Merino, en la alusión insignificante á uno de tantos infinitos Ministerios constitucionales.

Eso, en algún libro prolijo y detallista; el pueblo los desconocerá en absoluto.

Mientras tanto, y mucho después, y quizá siempre, y ¡quién calcula con cuánta gloria!, el pueblo vasco, ese pueblo que antes del Sacrificio divino en el Gólgota tenía por

enseña una cruz, el *lauburu*, continuará cumpliendo su destino magnífico, y seguirá resonando—grandiosa indicación de sus designios al poder de la raza euska—el canto del inmortal Iparraguirre:

*Eman ta zabaltzazu  
munduan frutuba!*

¡Esparce tus frutos por el mundo!



# ↻ Divagación Vascófila. ↻

---

✻ Agosto y Septiembre 1907. ✻

## Prólogo.

Hay un problema importante que palpita con intensidad, pero quizá atendido con más entusiasmo que prudencia.

Es una cuestión de amor convertida en cuestión de odios.

Es una aspiración nobilísima de patriotismo que va degenerando en egoísmo ruin.

Es la cuestión vascongada.

Nada más digno de los espíritus levantados y de los corazones generosos, que la preocupación por los intereses, por la prosperidad material y moral de la tierra que les dió cuna.

Si se añade que sea un privilegiado ferruño, un viejo solar lleno de recuerdos edificantes, de historias honradas, con bellos campos fecundos por la laboriosidad y el talento de

muchas generaciones sucesivas, con altos montes y rientes valles, con poéticas leyendas, exquisitos cantos populares y austeras costumbres, con raza é idioma de primitiva alcurnia, y religiosidad sincera y práctica; el amor es tanto más comprensible y aun sus exaltaciones más explicables.

Pero el verdadero amor, de propósitos en perfecta armonía con su naturaleza, no es ciego, digan lo que quieran las mitologías, sino avizor, linceo y activo, prolijo observador y solícito servidor del bien de aquel objeto á quien se entrega.

En toda la historia de Euskalerría, sólo hay lamentable una nota: la de las divisiones intestinas.

Y hoy, día el más amargo de crisis para la patria vascongada, porque su robustez, que en tantas ocasiones la habla preservado, no ha resistido á la epidemia de los tiempos presentes; hoy, más necesitada que nunca del ardiente y eficaz amor de sus hijos, está herida por una nueva división entre ellos.

No hablo como partidario sujeto á las fé-  
rulas de bandería; hablo como hombre de co-  
razón á quien contrista el espectáculo de una  
tierra excepcional que parece, desviada del  
cauce natural en que debiera correr su vida.  
Gustaría tener voz autorizada para exclamar:

¡Vascongados! No creéis partidos donde

sólo debe haber hermandad; no derrochéis vuestras energías en odiar, cuando son necesarias para consumirlas al fuego del amor. El amor de la patria no implica el odio á ningún hombre. El Evangelio dice bien claro: «Quien cumple la ley de Dios, es mi madre y mi hermano».

Y no rompáis lo fuerte y legitimamente organizado para sembrar cizaña por una discusión de fechas...

¡Haced todos Patria! Después cabrá discutir detalles.

Los que primero hayan ofrecido un holocausto de sangre en pró de ella, tendrán, cuando menos, por ese título, el derecho á llevar la bandera.

A cristianizar, á vasconizar, á purificar y restaurar el país que os dió la sangre que llevan vuestras venas.

¡Hay tanto que hacer!... Si casi no sois bastantes entre todos.

Es delito de lesa patria sembrar la desunión y mermar las fuerzas.

¡Por Euskería!



## Términos.

En la cuestión vascongada hay dos aspectos capitales: el aspecto legal, que se refiere á la reivindicación de todos los derechos forales; el aspecto social, que se subdivide en los problemas de conservación de la raza, divulgación y perfeccionamiento del uso del euskera, purificación de las costumbres y vasconización de la vida, en suma.

Estando el objeto legal de las aspiraciones vascongadas tan exactamente conocido y definido, — salvo estrafalarias concepciones ó interpretaciones personales, que constituyen excepción, — lo natural sería que no existieran desarmonías, y se formara un bloque unánime alrededor de la Comunidad Tradicionalista, relicario político de todas las libertades, franquicias, buenos usos, costumbres y leyes viejas de las diversas personalidades regionales que integran la *supranacionalidad* española.

Las únicas diferencias podrían responder á los distintos procederes prácticos encaminados á obtener la reintegración foral. Sin que fueran verdaderas causas de disensión la mayor ó menor amplitud que pudiera desearse en el retorno al derecho tradicional.

No es esto «barrer para dentro», sino hablar muy serenamente y con buena voluntad de la cuestión regionalista.

Hay un detalle digno de observarse. Antes y después de aparecer el separatismo vasco, antes y después de que una recíproca corriente de aversión contestara, apasionadamente, á las imprudentes y apasionadas exageraciones de unos cuantos ofensores de España y de la vieja, noble, fecunda y esquilmada Castilla, en todos los círculos y reuniones carlistas, lo mismo de Jaén que de Asturias, se ha escuchado de pie y con emoción el «Guernikako»... Conviene no olvidarlo.

¿Qué se quiere, volver á la vida foral? Pues si hay una agrupación fuerte, que ha luchado por ellos, y hecho jurar á su Jefe los fueros; que significa precisamente eso: la prosecución del proceso histórico de la península ibérica, la restitución y conservación de las tradiciones políticas; ¿para qué dividir las fuerzas? ¿No es profunda la demostración del antiguo, arrancando una á una las crines de la cola de un caballo y no pudiendo arrancarlas juntas?

¿Que no se está conforme con alguna circunstancia, con algún carácter de la Comunidad Tradicionalista? Aquellos elementos que representan un factor serio, imparcial, sincero, ¿pueden seguir mejor camino que formar parte de las fuerzas, aportar su orientación é influir con ella sobre el conjunto?

Ahora bien, ¿se es liberal, y si se rompe con el carácter individualista de la filosofía política liberal, reconociendo, precisamente en abierta contradicción con ella, la personalidad colectiva de la región, es solamente para eludir la impopularidad, y gracias á no reparar en los medios con tal de conseguir el fin de dominar, mangonear y caciquear? ¡Entonces...!

¿Se sueña quiméricamente con una patria aislada, respetada por arte de encantamiento, acondicionada imaginativamente para subvenir á las necesidades públicas, todo ello sin tener en cuenta las leyes naturales que rigen, la marcha y desarrollo de las sociedades...? ¡También entonces...!

Pero si se es vasco de corazón y no hay espíritu de secta por medio, ni fiebre de imaginaciones; entonces la Comunidad Tradicionalista, por asentimiento general, tendrá que ser el núcleo al cual se adhieran todos los defensores de los derechos forales vascongados.

¿Por qué no ha sucedido esto?

## Polítiquismo.

---

Si el tradicionalismo español es la defensa de los derechos forales, si responde al proceso histórico de la península é intenta proseguirle normalmente, reintegrando para ello, en sus arrebatadas libertades, franquicias, buenos usos y leyes viejas á las regiones, ¿cómo no se agrupan alrededor de ese firme y vigoroso tronco cuantos sienten en sus venas el ardor patrio y desean el resurgimiento y disfrute de los arrancados derechos en los pueblos que les dieron cuna?

He aquí un maleficio más del liberalismo; otro triunfo suyo, que como todos, representa un nuevo motivo de ruina para la Patria.

No son frases fanáticas, sino lamentaciones que brotan espontáneamente de una reflexión imparcial y serena.

Hubo un tiempo feliz en que cada hombre era menestral, labrador, oficial de una labor,

médico, legista, soldado, filósofo ó noble. Además, claro está, sentía en lo hondo de su alma el amor sagrado á la Patria.

Porque, ¡y esto ya se ha olvidado!, trabajando honradamente, se ama de una manera práctica á la Patria, y, aunque sin protestas ni alharacas, el sentimiento de ese amor es todo lo puro, todo lo grande y todo lo intenso que puede ser jamás.

Los encargados de gobernar, gobernaban protegiendo el desarrollo de las actividades y energías sociales, y en las Cortes, previa presentación de las cuestiones que habian de resolverse, las clases, los concejos, es decir, aquellos hombres que hasta por egoísmo habian de amar é interesarse por su país, cumpliendo honradamente con los deberes de la vida, enviaban sus representantes ó procuradores, encargados, para la mayoría de los asuntos, de dar un voto y sostener un criterio determinado, en armonía con lo que los verdaderos interesados estimaban ser su conveniencia común.

Surgían los problemas, manifestándose encontrados intereses y opiniones, que se resolvían en unas Cortes «representativas» evidentemente del pueblo; pero no había partidos políticos como estado normal y constante, determinando la oposición y el odio del padre contra el hijo y el hermano contra el herma-

no, haciendo de la vida batalla y derrochando la mayor parte de los esfuerzos, ¡tan útiles en el trabajo!, en intrigas y desavenencias insubstanciales, perjudiciales y viles.

Fué el liberalismo quien, adulando á la multitud, hizola creer que la estupidez que se le ocurre al necio ó al ignorante, la enormidad que imagina el malvado, y lo que á fuerza de estudio, veladas y nobles sacrificios llega á comprender el sabio, tienen el mismo derecho á publicarse, á decirse en voz alta y á imponerse.

Fué el liberalismo quien, adulando á la muchedumbre, la hizo creer que ella debía gobernar, y explotando el espíritu de ambición que hay en los hombres, rompió su paz antigua hasta lograr que cada buen labrador, excelente herrero ó certero médico, como si fuese capaz de entender teologías, filosofías y sociologías sin estudiarlas, el que quizá ha tardado mucho tiempo en comprender las manipulaciones de su oficio, además de ser menestral, oficial, labrador ó médico, se considerase en la obligación de ser republicano, socialista, constitucional ó ácrata.

¡Pobres gentes! No eran ni podían ser nada, ¡qué habían de ser si ignoraban el significado de sus propias palabras!; pero la paz se rompió entre los compatriotas; unos quedaron en contra de los otros; los charlatanes y los agita-

dores hallaron su mina en los malos instintos que todos tenemos, y fomentándolos ó halagándolos, se hicieron los amos. Se dejó en lugar secundario lo que importa, lo serio, lo árido, porque exige trabajo, desinterés, capacidad, sacrificios, y nadie se ocupó con calor, sino de politiquerías, de personajes, de fantasmones, de odiar al prójimo en vez de amarle y perder el tiempo en ambicioncillas y en fanatismos, sabandijas desgarradoras de la Patria.

Así es como habrá libertad de cultos, pero no ha dejado de haber miseria; tendremos política inglesa, pero en la mayor parte de España usaremos el arado romano y Columela resulta un innovador al lado de nuestros procedimientos agrícolas; hablamos mucho de derechos y libertades y no nos lavamos; conocemos á Salmerón y á Maura é incluso á Rousseau y á Karl-Marx, pero no sabemos leer, ni pagamos á los maestros, ni evitamos que la infancia se prostituya y formen clase social esa especie de negación de humanidad que llamamos *los golfos*...

Y veréis lo que sucedió, por culpa del liberalismo, en la cuestión vascongada.

## Individualismo fuerista.

Sembrada la semilla de la libertad de pensamiento y declarada la sabiduría y capacidad política de todo el mundo, brotó una frase: «implantación de tales ó cuales ideas», manzana de las más irreductibles discordias.

Emancipada la conciencia de la fe en la revelación y en Jesucristo, los hombres entregaron su fe ciega y fanática á otros hombres, y los sentimientos legítimos, juntamente con los intereses reales y palpitantes, fueron pospuestos á las esperanzas alucinadas por cosas abstractas, nebulosas, exóticas y discutibles cuando menos.

Sucedió que el fanatismo hizo estragos en el pueblo vasco, como en todas partes.

Y cuando, para responder á las teorías que con artes bastante atravesadas habían roto la legitimidad en la sucesión de la Corona y borrado con mano brutal toda la vida

histórica de España, se atacaron las libertades forales—en nombre de la libertad—nuestros vascos, fanatizados por el politiquismo, renegaron de su madre patria consintiendo sacrificarla, llegando hasta dar pábulo á la hoguera donde ardieron las veneradas leyes viejas.

Hubo en toda la península una defensa heroica, gloriosa, brillante, épica, en que la gran mayoría del pueblo disputó por la fuerza con los usurpadores y verdugos de las libertades legítimas.

Pero la Providencia, castigando sin duda culpas anteriores, no favoreció á los leales patriotas.

Ciega y desatentada la vida nacional, corrió á través de un ambiente exótico de confusión, caminos de anarquía.

Intentos, defensas, sangre, todo fué inútil para restaurar la vida foral, cada vez más escarnecida y más destrozada.

Entre los mismos liberales, nacidos en Euskal-erria, se dió un absurdo de inconsecuencia, que explican psicológicamente profundos y obligados sentimientos naturales.

Aunque los cerebros fanatizados defendían el individualismo liberal, la realidad reconocía el profundo valor á la personalidad colectiva, en los corazones palpitaba el sentimiento de la patria chica, y los individualistas

liberales pedían también el restablecimiento de los fueros...

Pero ¿cómo unirse á las huestes fieles á las antiguas tradiciones, resto incontaminado de la Patria tal como ayer existía, sentía y pensaba?...

El espíritu de secta no podía tolerarlo, la etiqueta política, jella ante todo!, era un obstáculo insuperable; antes que unirse con la reacción, el oscurantismo, etc., enemigos de la patria, se la dejaba desamparada y en perpetua rencilla intestina.

Por encima de todo, la «implantación de sus ideales».

Otra razón también les prohibía la unión sincera y generosa: la razón de que, en las más de las veces, si los liberales parecían defender los fueros, más que por íntimo anhelo obraban por cautela, con el propósito de no hacerse antipáticos al pueblo; y así se daba el caso notable de que, mientras el jefe y el partido que le seguía en toda España era antiforal, los elementos que le formaban en el país vasco se proclamaban defensores de los derechos de la región, haciendo constante alarde de ello...

Pero todavía ocurrió algo más triste, más lamentable, más perturbador y muy extraño.

Fué que algunos, ingenuamente amantes de su país nativo, de sus paisajes, de la raza,

del idioma, de la organización rural, de las dotes morales, de la limpia historia, de las costumbres puras, sencillas y excepcionales, de las sabias y viejas leyes; en un raptó de entusiasmo tropezaron con la quimera, en una exaltación de amor llegaron á sentir el odio, y reuniendo sus esfuerzos entusiastas para proteger y salvar el amor de sus amores, debilitaron más sus fuerzas, abrieron un abismo entre los hermanos de raza, de idioma y de historia, y llegaron hasta proyectar sombras de crimen sobre la noble tierra euskalduna, que lamentaban ver mancillada por la general podredumbre.

No necesito decir quiénes son éstos.

Pero procuraré explicar cuál ha sido el error, bien de llorar, en que ha incurrido el nacionalismo.

Y cómo ha sido víctima é instrumento del politiquismo que la filosofía liberal trajo sobre nosotros.



## El Nacionalismo.

Hay pocas ocasiones de encontrar tan manifiesta la influencia de los prejuicios como la que ofrece el Nacionalismo vasco.

Su acción de propaganda, desarrollada por medios como el teatro, los bailes, las palabras nuevas forjadas con desvarío á veces dentro de las leyes lingüísticas del euskera, los trabajos «fok-loricos», los estímulos de seleccionar los factores para la conservación de la raza...; su misma cantinela del «make-tismc» y las confesiones explícitas, mil veces hechas por sus partidarios, grandes y chicos, demuestran que el fin real y principal á que su voluntad tiende es restaurar la vida de Euskal-erria en un sentido profundamente vasco, es decir, una amplia acción social patriótica, en que el aspecto político no es el más importante.

Porque todo eso de separatismo, más ó

menos expreso, aunque desgraciadamente ha dado la nota característica y llegado á tener una dolorosa importancia, eso es un pegote, una consecuencia de los prejuicios, un desagradable regalo obtenido gracias á la obsesión politiquista que las gentes padecen por obra y gracia del liberalismo.

En tiempos cristianos y tradicionalistas, si hallándose corrompido el país vasco se hubiese sentido entusiásticamente el ansia de regenerarlo, nadie habría pensado en trastornar su personalidad política, sino que se hubieran creado escuelas ó exigido el vascuence á los maestros que regentaran las existentes, se hubieran fomentado los concursos de poetas vascos, se habrían ensalzado y popularizado las glorias y las cualidades de la tierra y de sus hijos, se habrían escrito poemas como el «Altobiskar cantua», leyendas como el «Jáun zuria», el «Hirnio», aun el «Peru Mari», y desde el púlpito y en la conversación del mercado resonarían voces de corazones amantes de su pueblo, exhortando, enseñando, empujando hacia la resurrección de las viejas costumbres, del millenario idioma y de las nobilísimas virtudes.

Esto, y mucho más, pudieron y podrían aún hacer los nacionalistas: sentir la patria y consagrar un buen puñado de esfuerzos á purificarla y engrandecerla en su íntimo vi-

vir. Y lo podrían hacer con el amor de todos, con la ayuda sincera de todos, con la admiración y edificación de hombres y regiones, propios y extraños; sin recelo de nadie.

Concretada su acción á esta esfera, á este fin elevado y eficazmente patriótico, el grupo de esos trabajadores generosos contaría con el concurso y la adhesión de todos los buenos vascongados.

Pero... ¡ay! Estamos demasiado imbuidos de politiquería; no concedemos importancia á ninguna otra cosa; el soberano democrático que llevamos dentro nos ha llegado á hacer incomprensible que se reúnan varios hombres con un fin que pueda ser patriótico y no sea político...

Así el nacionalismo, que pudo ser, y debía ser, un movimiento social unánime, de depuración y acendramiento social, echó un cuarto á políticas y se hizo «partido».

Un nuevo motivo de la división entre los hermanos... ¡Doleos, patriotas euskaldunas!...

Y como las tradiciones forales estaban sostenidas íntegramente por la Comunidad Tradicionalista, ¿qué sesgo político podía tomar el nuevo partido? Entrar en el pensil de la quimera y añadir al amor el odio; ¡una vez disparados!...

Esta es la más terrible y lamentable sedición.

Rompe la unión en la cuestión legal, haciendo más débil la defensa y menos respetados y temibles los derechos.

Establece como dogma el odio á Castilla, que ni está en armonía con los preceptos de Jaungoikoa, ni puede conseguir otra cosa sino estimular explicables enconos y represalias, haciendo aparecer ante las miradas superficiales como criminal, la que siempre fué noble, hospitalaria y magnánima tierra.

Por último; hace nacer la peor de las rivalidades, la fraternal, sentando diferencias respecto á yo soy vasco y tú no eres vasco. ¡Cuando la unión firme y decidida es más necesaria que nunca!

El que tenga corazón, el que lleve en sus venas sangre hermana de la que corrió por las de Iparraguirre, Larramendi y San Ignacio, el que no sufra perturbaciones en el cerebro, que diga con sinceridad: ¿es apasionamiento maldecir el liberalismo y los principios revolucionarios?

¡Vascongados, euskaldunas, euzkotarras! —no hemos de discutir por el nombre— tradición, paz y amor, quiere decir *Jaungoikoa eta lagi zarra*.

No os importe rectificar, porque es propio de sabios.

Y el recto camino está trazado: ¡*Dinak-bat!*

## Epílogo.

### MAKETANIA

Conviene recordar un hecho mil veces repetido: que los tradicionalistas de todas las regiones españolas oyen siempre descubiertos, reverentes y entusiasmados, con un entusiasmo religioso, el *Guernikako-Arbola*.

Es el himno de las libertades. Y los tradicionalistas amamos la libertad más que la vida. La verdadera libertad: ese camino franco del fin individual que es la perfección, y del bien social que es el progreso; la libertad, nó el satanismo y el derecho á la torpeza, disfrazados con tan santo nombre.

Además, los tradicionalistas saben que ese es el himno popular de una región que admiran, que honran, que aman íntima y profundamente.

En el más mísero pueblo castellano no falta un hombre que generosamente ofreció

su vida á las santas libertades patrias, en esas montañas de Euskal-erria; no falta un hogar que tenga en esa tierra hospitalaria, descansando en la paz de su seno, los restos mortales de un padre, de un hermano, de un hijo heroico.

En las aldeas amarillas de la tierra castellana, hay viejos encorvados y ya inseguros bajo el peso de los años, que se yerguen y vibran al son de un aire vasco: la *Marcha de Oriamendi*; y lloran de amor y nobles sentimientos á los acentos líricos, sentimentales y magnánimos del *Guernikako-Arbola*.

En las noches, después que el sol de Agosto ha herido sus cuerpos, sobrios y resignados, durante las duras labores de la recolección, ó cuando los chaparros de roble dan el amor de su fuego á las veladas invernales, muchas, muchas gentes de la llanura castellana conversan maldiciendo del fisco, del régimen de desamparo bajo el cual viven, de las plagas que padecen, pero también, frecuentemente, diciendo á su modo rural y sencillo, como Ovidio: «Sin cesar permanecen ante mis ojos aquellos lugares que abandoné».

Y «aquellos lugares» son la tierra euskalduna, por cuyas libertades lucharon sin ningún egoísmo; por las que volverían á dar su sangre, y sus hijos, y su tranquilidad, y sus cortos caudales.

Estos son la Patria Vieja; la España Tradicionalista: creen en Dios, aman al prójimo, y suspiran por las leyes viejas para sí y para sus amigos y colaboradores de muchos siglos.

Pero, es cierto. Hay también gentes que sólo piensan con cierta benignidad respecto á las playas, las casetas de baños y los casinos de Guipúzcoa; con cierto interés respecto de las minas vizcainas y de las fortunas de Bilbao.

Por lo demás, piensan con desdén que es un pueblo que pide privilegios pretendiendo romper el principio de la igualdad liberal.

Que rehusa dejarse manejar por los beneméritos partidos turnantes.

Que tiene la osadía de despreciar los oligarcas.

Que habla un idioma ininteligible en los templos sociales de la frivolidad, que no luce en los estériles tonticomios literarios, científicos y artísticos, ni en los clubs revolucionarios, que repugna la gracia picante de las bellaquerías chulescas.

Ve en él un pueblo que trabaja y que reza; que dió cuna á San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús...

Piensa, que porque no brabuconea, ni chilla, ni revuelve, ni es ambicioso, ni es vano y cree en la justicia de Dios, es un pueblo jesuítico.

¡Horror! ¿Comprendéis bien? ¡Un pueblo jesuítico!

Estos son los advenedizos; los que tienen sentido y gustos europeos y cosmopolitas, pero no regionales; los que tienen «partido», pero hablan mal siempre, depresivamente siempre, de la Patria.

Estos son los que aman las grandes ciudades, y si nó es para cobrar rentas, montar empresas explotadoras, obtener actas ó imaginar impuestos, no se acuerdan sino con desprecio de las aldeas, de las villas, de los caseríos, de los campos, de los que trabajan, de los que producen algo útil, de los humildes, de la inmensa y venerabilísima mayoría de los españoles.

He aquí la «Maketania»: *¡Voilà l'ennemi!*  
El enemigo en todas partes...

Conclusión para los demás.

Cada cual en su esfera; cada región en su solar; pero sin odios injustos, en mutua ayuda, reconozcámonos hermanos.

El porvenir es esa Patria Vieja, que cree en el Dios de los Cielos y de la Tierra, que ama al prójimo, que derrocha solicitud con los humildes, que suspira por las tradiciones de los pueblos y por la libertad cristiana: camino franco de la perfección individual y del progreso de las sociedades.

## ✧ Glosario Vascófilo. ✧

---

### Variaciones sobre una intención.

✧ 7 Septiembre 1907 ✧

Mañana habrá un mitin protestando de que en la cárcel están, hace cuatro meses, dos muchachos nacionalistas.

Dicen los suyos que por gritar: ¡Gora Euzkadi! Dicen los republicanos que por dar gritos contra España. Lo primero, francamente, parece poco motivo de proceso, y hace dudar de que la versión sea exacta. Lo segundo, viene de un origen tan sospechoso... Porque los demócratas de todas partes, pero principal y más burdamente los de España, no tienen más juego que el malabarismo de las palabras.

Y de estas defensas calurosas que hacen de la Patria, los que á temporadas, como Lerroux y congéneres, no creen en ella, yo al-

gunas veces me escamo, y generalmente me río.

¿Cómo sentirán la Patria los que inopinadamente han pretendido borrar el nombre del Patrón de Guipúzcoa de una calle donostiarra?

¡Hay que ver!...; como dice un amigo mío.

En fin; sea por lo que fuere, están en la cárcel Arostegui y Olasagasti.

Aunque los nacionalistas del *Aberrri* que hayan escrito el primer original de una hoja repartida gratuitamente dicen que no se trata de cuestión de partido, más adelante lo desdicen, y en los artículos subsiguientes lo afirman de una manera inconcusa. Para ser exactos debemos salvar la composición rimada final, que lo indica solamente con un estilo, yo no sé si muy propio para la propaganda, pero completamente «maketo» respecto al más rudimentario buen gusto, y que demuestra ser su *euskadiano* autor, más aficionado á las lecturas de López Silva que á las de Garibay y Ohienarte.

Tratándose de un asunto de partido, allá él. No se necesita ser vascongado para acudir al mitin, sino del partido. Para celebrarle legalmente tienen derecho, y adelante con los faroles.

Pero, ¡señores nacionalistas!, decid todo lo bueno que merece la tierra euskaldun, todo

lo bueno que os parezca de esos chicos presos, todo lo malo que es de justicia decir de los Gobiernos centralistas y de las instituciones ruinosas é intolerables; también podéis decir lo que os cuadre de los demócratas entrometidos y salseros; pero... ¡¡cuidado!!

Esos pueblos amarillos, de adobes, que tiene en su famélico regazo el terruño castellano, pobres y hambrientos como están, tienen derecho al respeto. En las pilas de sus iglesias han recibido la Gracia del Señor muchos hijos de esos pueblucos; en sus camposantos están los restos de sus madres, de sus hermanos y de sus abuelos; de aquellos abuelos que hicieron cristianos muchos pueblos y los civilizaron, que dieron su idioma á medio mundo, y terrón á terrón reconquistaron en ochocientos años—que se dice pronto—el suelo ibérico.

Esos pueblucos han dado esquilmos más finos que diamantes: de ciencia, de artes, de nobleza, de riqueza—generosamente por cierto—y de santidad.

Quien no trate con veneración á esa madre de glorias hermanas, en las que muchas veces los vascos han colaborado, porque está vieja, seca, amarilla y arrugada, se juzga á sí mismo...

Pero también vosotros los demócratas, ¡¡cuidado!!

No sea verdad que venís de otras tierras á simular defensas del país contra vecinos y hermanos queridos de toda la vida.

No hagáis objeto de vuestras campañas la inconsciencia apasionable de las gentes sencillas.

No confundáis torpemente lo malo que viene de fuera, con lo bueno que también viene y que hay en casa. No hagáis la ofensa de defender á los buenos cuando lo atacado es lo malo.

Y no comprometáis los intereses de un pueblo que vive del orden. Acordaos que con alardes de prudencia—ahora tenéis más bélicos arrestos—protestasteis contra la manifestación catódica que Guipúzcoa oponía á la ley de Asociaciones. No suceda que sois vosotros los que, rompiendo lanzas por quien no os las pide, ahuyentáis el orden y la tranquilidad como de un zoco marroquí.

A ver si una vez en la vida sale todo como es debido.



♣ 9 Septiembre 1907 ♣

¡Quién pudiera siempre hacer correr la pluma para dar relieve á nobles actos y vaciar el molde de perfecciones donde el lector pudiese conformar su alma!

¡Desgraciadamente, estos buenos deseos son frecuentemente interrumpidos por la «celestial ninfa» que decía al poeta:

¡Ciego! ¿Es el mundo el centro de las almas?..

No, no lo es.

Es el centro de los apasionamientos, de las ceguedades, de las esclavitudes del espíritu.

Y yo, que quisiera escribir en loanza justa siempre, no puedo hacerlo sino pocas veces.

No han celebrado el mitin este domingo los nacionalistas.

Pero han hecho circular algunos ejemplares de *Aberrí*. Uno ha llegado á mis manos.

Tomo los periódicos nacionalistas temblando y nervioso como un abogado cuando empieza á declarar el procesado que defiende ante los tribunales:—¡A que se condena!—pienso.

Y leo con dolor ese *Aberrí* que entierra

sin piedad ideas y sentimientos nobles bajo un lodazal de dicterios y destemplanzas, que hasta cuando tiene razón se condena.

¿«Jaun-Goikua» ponéis al frente de vuestras publicaciones? Presumiendo de vascos debéis llevarlo grabado en vuestro corazón.

Que escribáis para gente vulgar no os excusa; todo hombre tiene, aun cuando lo ignore y no le plazca, derecho y deber de conservarse y conservar á sus semejantes dignos, y el vulgo ignorante resulta una víctima de la alevosía cuando es explotado por sus pasiones.

Escribió Bandelaire que es necesario estar borracho de algo: de fe, de amor, de entusiasmo ó de vino.

Embriagad al pueblo de fe en Jaungoikoa, de amor á la Patria, de entusiasmo por sus viejas peñas, sus bosques legendarios, sus pariarcales caseríos.

Pero no le envenenéis embriagándole de vino denso y áspero, con heces de odio.

Pocas murallas ha habido en esta tierra.

No es de vascos recelar de las gentes de fuera; de vascos es dejar abiertas las puertas de las casas y dar posada con hospitalidad generosa al que entre por ellas pidiéndola.

¿A qué compararos, rebajando á otros pueblos? Si los vascongados son inferiores resulta grotesco; sin son iguales, ¿con qué dere-

cho posponéis á otros? Y si efectivamente la raza y el idioma, y la tierra y la vida vascongadas tienen excelencias sobre las demás, deberíais callarlo por modestia y por caridad, ó de ostentarlo no debía ser, ciertamente, para hacer imputaciones envenenadas, sino para dar ejemplo y contribuir al bien ajeno.

Pero no hay pueblos escogidos.

Hubo uno, y el Hijo de Dios vino al mundo á romper el privilegio y abrir los brazos á todos los pueblos en un holocausto de amor infinito.

Amor, amor es la ley de Jaungoikoa.

En las llanuras también brotan las sencillas flores azules del lino, y hay manos puras que hilan y manos nervudas y brazos viriles que siembran el pan de cada día, y hay cantos viejos, melancólicos y exquisitos, y almas nobles que saben muchas sutiles prácticas de la virtud, y labios que rezan fervorosos al Señor de los cielos, y corazones que suspiran por las leyes viejas.

Y también hay — ¡si no tenéis amor para ellos, vuestras entrañas son de hiena!—hay muchos, muchos pueblos en desamparo, en ruina, por donde pasan el burguesismo pagano y el fisco liberal como jabalíes que atacan: huestes de las mesnadas electorales de un ambicioso rico y sin conciencia; hogares donde ven la luz muchas existencias que la miseria

y la desesperación aventan, que la vorágine de las ciudades traga y que el ansia de placer y la degeneración de una sociedad irreligiosa y amoral prostituyen y derrochan.

¡Amor, amor!

Está bien que lo intensicéis y casi lo consumáis en pro de Euskal-erria, porque así cumplís la ley de gradación que se establece desde el individuo á la humanidad. Pero ¿con qué objeto la exclusión, la humillación y el desprecio para el prójimo, que en ningún caso sería de cristianos, y que además no es de justicia?

Si queréis hacer algo hondamente beneficioso para la tierra euskaldun, habéis de templar mejor las herramientas de trabajo, que son las que construyen, y dejar al rincón de lo viejo las armas, que son las que destruyen.

Si queréis salvar los campos y las costumbres, las libertades y el idioma, luchad como Iparragirre y como Gabriel y Galán, con amor, con esfuerzos positivos, predicando las buenas enseñanzas, ensalzando las virtudes y glorias patrias, dando ejemplo y abriendo horizontes seguros al porvenir del idioma, de la raza, de las costumbres y de la prosperidad y pureza de la vida.

Si sólo queréis gozar las peripecias y vicisitudes de los partidos políticos, entonces no

penséis sino en zaherir y en atacar: os entregáis esclavos de la politiquería liberal, y es justo que sigáis los procedimientos liberales.

Pero yo daría mil vidas porque todos los vascongados templasen y empuñasen las máquinas de trabajo y reconstruyeran interiormente su Patria milenaria.

Y sin afrentar á nadie, sin menospreciar á nadie, llenos los corazones de generosidad para con el mundo entero, todos unidos, unidos hasta la identificación, no por el odio sino por justicia, entregasen generosa su sangre, si fuera preciso, para restaurar las tradiciones políticas.

A través del éxodo español por el árido desierto del libertinaje, la Comunión Tradicionalista ha sido el arca donde se han guardado intactos los sillares tradicionales.

Ha sido también el recinto donde se han conservado los elementos de la civilización cristiana de los pueblos ibéricos.

Comprended qué dolor experimentará al observar que, quien sostiene su lema de Dios, Patria y Fueros, esté separado de ella sin más motivo que una cuestión de odiosidades, y ¡con cuánto dolor un corazón cristiano leerá en *Aberri* la contumacia en esas odiosidades!...

◆ 15 Septiembre 1908 ◆

Ya están en la calle, gozando libertad provisional, los jóvenes nacionalistas Arostegui y Olasagasti.

Cuando los tribunales lo han acordado así, así deberá ser. Nadie más respetuosos que nosotros para el poder judicial, que si alguna vez tiene mácula es por la malsana influencia, que á todas partes llega, de la tiranía liberal.

En la calle están esos muchachos y nosotros lo celebramos cordialmente; lo celebramos porque aleja las sospechas de que hubieran gritado contra España; porque nos satisface ver abrirse las puertas de las cárceles reintegrando á alguien á la vida social; porque quisiéramos que en las estadísticas penales, con ningún concepto apareciera un apellido vascongado.

¡Bienvenidos sean entre nosotros! Saldrán ansiosos de respirar el aire libre y de extender sus miradas sobre las lontananzas de los campos euskaldunes. ¡Que al verlos, griten ardientes vivas á Euskal-erria y lloren lágrimas de sincero amor!

Y ya que han padecido con motivo de su adhesión á la Patria, ponderen y mediten qué fibra vibrante y exquisita es esa que nos

liga á ella; reflexionen que no es un vínculo caprichoso y arbitrario; que natural y casi fatalmente existe entre los hombres honrados y el terruño donde nacieron, en el que se conserva una herencia muy varia y preciosa que las generaciones van acrecentando y legándose sucesivamente.

No es posible olvidar lo intrínseco á la naturaleza del hombre, ni romper el producto que han determinado con sus elementos, por sus vicisitudes y combinaciones, los pueblos y los siglos.

En las tenebrosidades de la cárcel, esos muchachos habrán sentido las amargas de la ausencia forzada de sus hogares.

Pero los afectos intensos de familia no habrán sido obstáculo á que también sintieran las amargas de la separación de otras familias, de otros hogares, de gentes y lugares que constituyen sociedades distintas á la familia: la aldea, el concejo, la merindad, la región.

El amor innato que á sí mismo se tiene cada hombre, no excluye el amor á los padres, á los hermanos, á los hijos, á los parientes, ni este amor de familia, en pro de la cual se emplean directamente nuestros esfuerzos, excluye el amor á aquellas otras gentes á cuyo lado crecimos, que á diario vemos, de las cuales recibimos la primera lección, un auxilio para levantarnos del sue-

lo, el cambio de ideas, de productos, de servicios y de saludos.

Pero así como los hombres viven unos al lado de otros, también los pueblos están juntos, y las aguas mismas de un río ó de un mar, son de varios, y los bosques y hasta las fieras muchas veces, les crean intereses comunes, les ponen en relación y les fundamentan una amistad, que significan amistades, relaciones é intereses constantes entre los hombres de esos distintos lugares.

Y todavía se extiende este radio.

La necesidad del cambio de producciones, los acontecimientos históricos, el ansia de saber y de mejorar, simplemente la vecindad, que también se establece entre los grupos de pueblos como entre los pueblos y entre los individuos, crean más amplios vínculos.

Por último, el reconocimiento de la unidad de naturaleza entre todos los hombres, la identidad de fin, su diferenciación y superioridad respecto al resto del Universo, teje entre ellos un sentimiento de simpatía, un motivo de interés, un movimiento de solidaridad.

Y sin que sean incompatibles, además del amor á sí mismo el hombre siente el amor á sus semejantes en una serie de manifestaciones graduales de la sociabilidad humana, que terminan en el conjunto de la humanidad.

No son incompatibles. Son graduales, de

distinta intensidad, pero armónicos. Todos ellos quedan comprendidos dentro de aquella invocación que, en todas las latitudes de la tierra, dirigen á Dios los hombres reconociéndose hermanos: Padre nuestro que estás en los Cielos...

¡Sean bien venidos esos jóvenes! ¡Que lloren lágrimas de amor al volver á contemplar las lontananzas de los campos euskaldunes!

Pero ya que han padecido por la patria vascongada, reconozcan y enseñen á reconocer que es una fibra exquisita la que une á los hombres honrados con el terruño donde nacieron; y que es muy cruel herir el sentimiento de otros hombres para con sus tierras.

Y no olviden que es inrompible lo que los pueblos y los siglos han determinado como producto de sus elementos, sus vicisitudes y sus combinaciones.

Un firme amor á sí propio es el primer sentimiento de caridad y el primer instinto, pero no se opone, sino que es precedente de esa serie ordenada de amores á la familia, al hogar, á la región, á la patria federativa, á la raza y á la especie á través de latitudes y de tiempos.

Todo es inútil y se desvirtúa de otro modo.

«¿De qué sirve saber partir un campo en muchas parcelas, si no sé compartirlo con mi hermano?» —decía Séneca.

## El «mundo» en Tolosa.

---

✻ Agosto, 1907 ✻

Cada cual entiende las cosas á su modo.

Claro está que en la mayoría de los casos sólo es verdadero un concepto, y todo lo demás que se piense no pasa de ser opiniones.

En esto de las crónicas, hay cronistas llorones y los hay perpetuamente risueños ó jocosos. A mí no me convence llorar por llorar ni reir por reir. La risa y el llanto tienen su oportunidad, y son procedimientos artísticos utilizados en sazón.

Los franceses consideran la crónica como un amable pasatiempo, cuyo lema es éste: «ligereza, ligereza, ligereza».

Acá del Pirineo hemos sido más austeros siempre, y yo, por mi parte, desprecio la bagatela. ¡Soy cristiano! Si pienso que hemos de dar cuenta de las palabras ociosas, ¿cómo

podré aceptar que se escriba sin un deseo provechoso?

Eso del arte por el arte es una frase que ignora lo que es el arte, una simplecita teoría que hicieron nacer los apasionamientos insignificantes de algunos literatos vanos y camaradas.

El arte... tendenciosito.

Y así creo yo que un cronista es un filósofo ambulante: camina y va pensando, expresando el zumo substancial de lo que observa; de cuando en cuando se detiene para decir en alta voz lo que piensa, con el fin verdadero del arte, esto es, comunicar sensaciones, ideas y buenos deseos, que la multitud, por mil causas, no puede percibir ó concebir por sí misma espontáneamente.

Las leyes de la moral rigen al cronista igual que á todo el mundo. Tiene, pues, obligación de ser sincero y justo en conciencia, sin dejarse llevar por los agradecimientos del estómago.

Ya veis, en Tolosa hubo una fiesta de «mundo» á que asistí: hice un viaje cómodo y gratis; presencié la becerrada en buen lugar y gratis; tomé un bocado en el «lunch», también de gracia, y aunque muy reconocido á tantas atenciones, casi voy á hablar mal de la fiesta.

Tengo varias razones.

La primera exigiría escribir mucho más de lo que aquí debo, para justificarla como cabe hacerlo. Sólo podré enunciarla.

Es que yo amo la integridad de costumbres del pueblo vascongado, que profeso una altísima estimación á sus pueblos y gentes humildes

Y aunque no soy pagano, ni egoísta, como esos pobres chicos nacionalistas que llaman bárbaros á los *extranjeros* (?), sin pensar ó distinguir que los verdaderamente extranjeros en todas partes son los bárbaros, y aunque aproveché la lección que Licurgo me dió en Esparta hace tiempo, demostrando que las naciones no son cuartos oscuros donde se puede esconder á los naturales y prohibir la relación y entrada de los de fuera; á pesar de esto, yo pienso que, en gran parte, la sociedad veraneante en San Sebastián pertenece al grupo ostentoso y dado al lujo y sus consecuencias, que el inmortal León XIII aludió en la Encíclica famosa, madre del movimiento social cristiano.

La verdad, tengo cierto dolor cuando celebra sus «juerguecitas» separándose de las grandes ciudades é internándose hasta los pueblos sencillos quo yo amo.

Esto no es una injuria, ni una reticencia, ni un mal juicio, ¡Dios me libre! Es sencillamente la expresión de un criterio.

La segunda razón, filosofía de Mella, es el deber de aceptar la tradición á beneficio de inventario.

De esto resulta que admiro el valor de un joven resuelto, hidálgamente arrogante, ágil, sereno, que lancea con gracia unos señores toros y los estoquea con destreza.

Le admiro hasta el extremo de considerarle representativo de aquel arrojo antiguo, y prueba evidente de que aún hay rescoldos del heroísmo legendario.

Pero... depurando la tradición de nuestros mayores y nuestros Reyes, que lidiaban en plaza reses bravas y presidían las lidias, resulta que eso no es tradicional, sino atávico; no es fruta del tiempo, sino pasada é indigesta.

Hoy el valor español tiene otras esferas más fecundas donde, por condiciones de la época y mudanza en las cosas, deber emplearse.

La tercera razón...

En Tolosa, con motivo de la becerrada, se repitió el «correcalles» de Carnaval.

La charanga marchó tocando un pasacalle. Las chicas y los chicos se abrazaban, y saltando, demasiado alegremente, iban delante y detrás de la charanga, ya entrada la noche, después que el sol se había escondido muy colorado.

Y yo siento que se diera ocasión al corre-calles, por las chicas.

¡La gente es tan mal pensada! ¡Los hombres son tan presumidos!...

Si dan en murmurar unos y otros del corre-calles, ¡se van á quedar más chicas solteras!...

Y á mí ¡me da tanta lástima de las chicas solteras sin vocación!...



## Romanticismo "baserritarra",.

---

✠ San Sebastián, Agosto 1907. ✠

Unos *baserritarras* se dieron de palos ciegamente.

En el Cuarto de socorro, mientras reparaba el practicante sus cuerpos maltratados, tuve ocasión de verlos.

Eran nobles tipos euskaros: altos, fuertes, tranquilos. Sufrían las torturas de los trompazos con la dignidad altiva de los gladiadores de Roma.

Uno de ellos, en pintoresco *euskera*, nos refirió el origen de la contienda.

¡Quién había de decirlo!... Y, sobre todo, ¡qué pocos serían capaces de interpretar fielmente el valor de aquella narración!

Todo fué porque alguno de los tres contendientes sostuvo que la mujer de otro no sabía bailar.

Y el marido, joven aún, con el fuego latente del amor haciendo hervir su sangre, sostu-

vo que danzaba suelta y cumplidamente, con la gracia y ligereza que brotan los sonidos y las cadencias de un clásico *chistu*.

Yo no sé qué llegaron á decirse. Pero tal vez esa opinión de que los golpes arreglan con su argumentación sólida muchos asuntos de este mundo, formaba parte del sistema filosófico de alguno de los buenos caseros. Y nada, argumentó con un trozo de roble que hubiera servido á Arquímedes para mover medio millón de universos.

¡Arrayuá! --- dijo el otro — la vida vale mucho.

Y hubo al momento sobre el haz de la tierra una cabeza más rota.

A mí no me importa una cabeza rota; eso se cura pronto y no deja huella.

Lo que yo contemplo con arrobo, es el espíritu de aquél hombre de campo, que nos refería con sonrisa indiferente los estragos de un garrote respetable, y se exaltaba más de lo proporcionado á la naturaleza de su carácter, porque le negaban que su mujer danzara con perfección los viejos aires de la patria vascongada...

Rendimiento caballeresco, respeto digno y romántico á la mujer, amor hondo y noblemente humano, ¡yo te reverencio, yo te admiro!

¡Envidio la alquería—rincón apartado donde ha quedado guarecida una pluma blanca

del ala de la felicidad—en que una mujer tiene tan glorioso reinado y un hombre fuerte sabe ser súbdito y caudillo de la dulce tiranía de una mujer sencilla!

Y envidio ese medio que no puedo vivir; esa paz aldeana, natural, que apenas encubre con tenue velatura la esencia desnuda de la vida.

Mi alma ciudadana canta llena de nostalgias idílicas, como el poeta:

«Yo he querido buscar el camino  
de los valles; la senda en paz; pero  
mi destino es un triste destino,  
y jamás he de ballar lo que quiero.

Y ya veis lo que quiero; una estrella  
que dé al campo su luz cristalina;  
una novia muy pobre y muy bella  
que me ayude á subir la colina;  
un arroyo que cruce el sendero;  
un rebaño en la verde montaña;  
un aroma de pan y romero  
en la paz de la humilde cabaña.»

¡Qué diferencia entre la vida tranquila del *caserto* y la agitación, bordada de inquietudes, intrigas y pasiones, del vivir en las ciudades!

He aquí una reflexión: á la misma hora que el *baserritarra* rompía cabezas y se dejaba destrozarse los lomos en defensa de las aptitudes danzarinas de su media naranja, ¡cuántos no-

vios y cuántos maridos renegarían, bajo las artesanadas techumbres de los salones confortables del Gran Casino, porque sus bien amadas sabían danzar á maravilla!

Y es que son dos ambientes diametralmente opuestos, el de «la vie d'elite» y la bíblica vida del *caserto*.

Y naturalmente, son dos danzas opuestas también, esos valsés que el gran Pereda—entre otros mil—fustigaba con agria claridad, y aquellas tradicionales, heredadas de tiempos puros y sencillos, que describió el guipuzcoano Tomás de Solarrieta.

Entre el *aurresku* y un dulzón vals vienes, hay la diferencia que de una paloma á un limaco.



# CINEMATÓGRAFO



## SESION DE «CINE»

---

Pasen, entren, vengan, corran, señores.  
¡Adelante, adelante!

No cuesta nada más que una perra gorda, y pueden pasar, aunque tengan los zapatos sucios, sin temor de estropear la alfombra, porque no la hay.

Nada tan maravilloso como este titirimundi cinematográfico, en el cual las figuras parecen de carne y hueso, y hasta parece que hablan, porque se les ha acoplado el gran fonógrafo «Melquiades», que no se ha quedado mudo ni en la exposición de Gijón, donde ha tenido un éxito á prueba de hortalizas.

¡Adelante, señores, adelante!

Aquí no se les va á tratar tan mal como si vinieran á comprar la cédula.

Pasen, por una perra gorda, que más paga de consumos la leche.

Espectáculo sensacional é instructivo que debieran venir á ver hasta los niños de teta,

para que no sean tan primos como nosotros cuando lleguen á mayorcitos.

Aquí no se les van á mostrar esas cacatúas de los otros titirimundis. Ya están muy vistos el Elefante sagrado de Aguileroópolis con su trompa de peseta en la boca, y el Alba del Paraíso, con las mismas estrellas que ve cualquier labriego de Valladolid.

¡Adelante, señores, adelante!

Mejor es que dejen aquí la perra que en las básculas de Actualidades.

(Trrrrr...)

Ya suena el timbre, señores; ya va á dar comienzo la sesión.

Precipítense á entrar, si no quieren quedarse como si hubieran flado en políticos.

En esta sesión vamos á dar á conocer las diversas y magníficas escenas tituladas *La Libertá*, *La Cevilización*, *La Cencia* y *El Pogrero*.

Rebaja de mitad del módico estipendio para niñas y pistolos. Precios convencionales para señoras de abundante posteridad.

¡Adelante, adelante, adelante!

\* \* \*

Cuadro primero.

*La Libertá.*

¡Venga música! Que nos rieguen el himno del Héroe de las Cabezas.

(Tachin, tachin, tatachinda,  
tachin, tachin, tatachindachin,  
tachin, tachin, tatachinda,  
tatachin, tatachin, tatachin.)

Este bello cuadro representa la magnífica ciudad *Libertá*, situada en la región más agreste de la Embaucocia, de que tantas veces han hablado los papeles.

Las clases ricas no circulan por las calles, porque la película que tenemos ante la vista representa el verano, y las gentes ricas de *Libertá* tienen la libertad y el dinero suficientes para irse á remojar el cuerpo en esta época.

Aquel grupo de obreros que ahora pasa no va en huelga tumultuosa, aunque lo parezca, ni crea el respetable público que pide justicia, ni pan, ni menos horas de trabajo, ni protección para sus hijos y sus mujeres; pide que suba al poder Limón ó que baje Calabaza, que es lo que más le interesa; y reventa de gusto porque le han prometido traer curas protestantes y popes cismáticos, y faquires indios, y santones moros, y además que, cuando se les muera de hambre la mujer ó el hijo, ó á ellos mismos les haga trizas en el taller una máquina, les enterrarán por lo civil.

Ahora que se detienen ante aquel palacio,

domicilio de un gran periódico, van á darle una ovación entusiasta por haber retirado durante dos días los «Ecos de Sociedad» para hablar de la mala leche que envenenaba á las familias pobres.

¡Atención! Fijese el respetable público en esta última parte de la película.

Un ciudadano de *Libertá* que piensa mal de la sociedad en que vive y quiere deshacerla para formar otra mejor, según ha aprendido, á costa de mucho leer, que debe hacerse, tira, en uso de su libertad, una bomba de dinamita y mata nada más que diez hombres.

Las gentes *le lynchan...*

Grupos de personas leyendo al día siguiente los periódicos en que se condena el hecho; y fin del cuadro.

(Tachin, tachin, tatachinda,  
tachin, tachin, tatachindachin,  
tachin, tachin, tatachinda,  
tatachín, tatachín, tatachín.)

\* \* \*

Cuadro segundo.

La *Civilización*.

¡Venga el morrongo!

(Lalarala, larala, larala, lará, lalarala, lará, lalarala,  
Lalarala, larala, larala, lará, lalarala, lará, lalarala,  
Lalarala  
lalarala...)

¡Este cuadro representa escenas de la *Civilización!*

Suntuoso café *Le fainéant d'or* (en castellano, *El holgazán con una peseta*); repare el respetable público y calcule el dinero que habrá costado llenarle de espejos, terciopelos, palmeras, luces, etc., etc.

Aquellos niños pequeños con trajes que tienen muchos botoncitos, son los encargados de llevar recados que les ordenan hacer los parroquianos. El que sale ahora con una carta en la mano va á casa de la querida del señor gordo que bebe un *cok-tail*, especialidad *Le fainéant d'or*, compuesto de rom, cognac, aguardiente, orines, limón y agua de palo campeche.

El otro niño de los botones, que habla con dos señoritos tirados sobre el sofá, está dando una de las lecciones diarias de latín.

¡Escena graciosa!

Un obrero llega á la puerta del café acompañado de un pariente suyo paleta.

El obrero le invita á tomar café, pero el paleta dice que le quita el sueño y cuesta muy caro, además de no alimentarle.

—Vamos, Pancraccio, entra, que se va á fijar la gente y se va á reir de ti. Anda, que así como así, en casa no hemos comido más que *viudas*.

—¡Rreocaracoles! Que no entro. Por dos

*riales* que vas á gastar en *ca* café, hago yo unas alubias con un cacho tocino, y como tres platos: el caldillo con rebanadas de pan, de sopa; las alubias, de plato fuerte, y el tocino *untao* en pan, *pa* final.

Las gentes se ríen, y el obrero, avergonzado, entra á dar dos reales á cuenta del café que toma y de los espejos, las palmeras y los terciopelos.

Ahora nos encontramos en la gran calle central de la población.

Grupos de vendedores gritan como en los mercados de Africa; señores, con chimeneas en la cabeza, pasan en todas direcciones; señoras, con aros en las orejas, se remangan las faldas enseñando ligas que son alhajas, y llevan las caras pringadas, todo según costumbres de cafrería, del reino de los *bosquimanos* y de los neo-zelandeses.

El gran *Garibaldi* publica, en uno y otro lugar, los triunfos de la civilización.

En las puertas de las casas duermen, de diez en diez, los ciudadanos más libres.

(Lalarala, larala, larala...)

\* \* \*

Cuadro tercero.

*¡La Cencia!*

*¡Venga un coro del Rey que rabió!*

(Tará, ta, ta, ta, ta, tara, tará, tará, tará...  
ta, tarará.

Tará, ta, ta, ta, ta, tara, tará, tará, tará...  
ta, tarará...)

¡Cuadro catapultense y nunca visto!

Cobrador de la «Sociedad de Médico y Botica», que va de casa en casa recogiendo las cuotas de los asociados.

Esta buena mujer regaña con su marido porque no quiere pagar su cuota, que necesita para echar un mús en la taberna.

—Pero, hombre, ¿y si caemos malos?

—¡Qué vamos á caer!

—Pero, no seas bruto.

—Bueno; pues aunque caigamos malos, por lo menos no hemos caído de primos.

—¿Quién te va á visitar si te da un entripao de los que acostumbras?

—La portera, que es bastante fea para que se marchen las enfermedades así que la vean.

—Bueno. La señora *Ustaquia* ya entiende algo de eso. Pero, ¡las medicinas!...

—Crearás tú que vas á traer mejor Lozoya de la botica que el que puedas coger en el patio...

—Pero, hombre...

—Nada; no te emperres, porque me bebo la cuota esta tarde.

Escena en la botica.

—Vengo por este jarabe que dice el papel.

—... ¡Ah! ¿Usted es de la «Sociedad»?

—Sí, señor.

—¿Trae usted el recibo?

—Sí, señor.

—¿Es usted el mismo enfermo?

—No, señor.

—Entonces no puedo despacharle.

—Pero, hombre, cómo va á venir si le han cortado los remos, y por eso está en cama?

—Que se los encolen.

—Yo soy hijo suyo, que creo que es igual.

—¿Trae usted la partida de bautismo?

—Sí, señor.

—¿Y dos testigos?

—Están ahí fuera.

—¿Tiene usted un lunar en el dedo gordo?

—Vea usted.

—Pues aguarde. ¡A ver, chico! Vete á la cocina, y, si ha acabado de fregar la criada, llena este frasco del jarabe del barreño.

Ahora el mancebo trae el frasco y le entrega al parroquiano.

—Que se mejore el enfermo.

—Gracias.

—¿Va todos los días á verle D. Geromo?

—Hace ocho días que no viene.

—No; sí; claro... ¡Psch! Como no tiene más cosa que dos piernas cortadas... Este jarabe le sentará muy bien; creo que no harán

falta más frascos; es una medicina que no falla. ¡Hoy adelantan las ciencias!... Y además, con las Sociedades, están las ciencias al servicio de todo el mundo.

(Tará, ta, ta, ta, ta, tara, tará, tará, tará...  
ta, tarará...)

\* \* \*

*¡El Pogreso!*

¡Último cuadro de la sesión! A continuación exhibiremos en la sesión próxima un bonito programa, completamente diferente, con películas de más de 20.000 leguas cada una y tan instructivas como las que ha visto el respetable público!

Escena primera del cuadro *Pogreso*.—Pesca de 100.000 salmones en el río Phraseses del Canadá.

¡Ahora tiran las redes!...

¡Ahora sacan los salmones!...

¡Ahora los salan!...

¡Ahora los transportan!...

¡Ahora los venden á 15 pesetas el kilo!...

Y luego se los come el que puede pagarlos.

Escena segunda. Ferrocarril con camas, comedor, salón de lectura, timbres y luces eléctricas, señal de alarma, abanico mecánico y perita en dulce.

¡Partida del tren!...

Sirviendo la comida, en marcha...

Señora descomiendo, en marcha...

Atravesando el puerto de Geralfález, con montañas cubiertas de nieve...

Mientras el respetable público contempla el paso de tan hermoso puerto, como si fuera desde el tren, le daremos á conocer algunos detalles de este ferrocarril piramidal y estupefactante, última palabra del progreso. El viaje de Copenhague al Transvaal lo hace en siete horas y cinco minutos, y sólo cuesta el billete, en la única clase que lleva, tres mil ochocientas cincuenta pesetas, sin contar comidas y suplementos.

¡Salida del puerto de Geralfález!...

Cruce con el tren botijo que conduce á los segadores gallegos...

Escena tercera. Vista fija. *¡Casa Blanca!* Residencia del Presidente de la República de los tocinos.

Escena cuarta. Vista fija. *El Eliseo.* Soberbia residencia del Presidente de la República francesa.

Quinta. Vista fija. Palacio del periódico *Le Figaro* de París.

Sexta. Vista fija. Proyecto de casas que dicen que van á hacer para los obreros.

¡Apoteosis final!

Carruajes, lanchas de vapor, balandros de regatas, ferrocarriles-casas, automóviles, palacios, periódicos de treinta planas, salmonea

del río Phrasses, arcos voltáicos, vinos de Champaña, telas inglesas, forman en la parte superior del cuadro una sorprendente representación del *Pogreso*.

Y en la parte inferior, grupos de artesanos aplaudiendo á los oradores de los mitins, formando círculos, dando dinero para propagandas y rompiéndose la crisma á tiros, representan lo que les ha costado llegar á este venturoso estado, en que disfrutan, ó... van á disfrutar cualquier día, de tantos beneficios del *Pogreso*.

Ha terminado la sesión.

(Trrrrrrrrrr...) suena el timbre llamando á otra sesión.

\* \* \*

¡Adelante, señores, adelante!—grita el tío de la puerta.

Y, rodeado de la gente que sale del titirimundi, un melonero grita:—¡A cala van! ¡Melones! ¡Melones!



## Una manifestación.

---

❖ 30 Septiembre 1908. ❖

Ayer tarde los liberales madrileños celebraron una pequeña manifestación.

La ciudad estuvo todo el día en su aspecto y trajín ordinarios; los que no tenemos puestas nuestras ilusiones en personajillos políticos y somos sencillamente españoles que amamos las glorias pasadas, lamentamos un siglo de ruinas y acariciamos ensueños realistas de patrias prosperidades para lo porvenir, no estábamos enterados de nada.

A eso de las cuatro, al cruzar cierta calle céntrica, un auriga nos arrojó una voz, igual que si fuera un guijarro, desde su alto sitio, y sentimos algo como la cabalgata de las Walkirias, ejecutada á *grosso modo*, detrás de nosotros.

—Será el carruaje de cualquier *filisteo*— pensamos.

Cuando el coche se puso á la vista, nos lla-

mó la atención un lozano tiesto que iba en la capota. Casi al mismo tiempo percibimos, entre las verdegueantes hojas, la cabeza del señor D. Miguel Morayta.

—Este ilustre historiador acostumbrará á pasear en *landeau* el día de su fiesta onomástica—dijimos mentalmente.

Pero al advertir la hirsuta barba de otro señor que ocupaba el carruaje, una sencilla asociación de ideas lo aclaró todo: somos algo versados en estudios antropológicos y conocemos una variedad de republicanos que se descuidan la barba; aquel segundo señor era indudablemente republicano, y el tiesto debía tener intrínquilis simbólico, quizá sería una corona.

—¿Qué pasa?—nos preguntamos.

—¿Adónde irá esa gente tan inflada?—dijeron al lado nuestro.

De repente—como en las novelas de los principiantes—, recordamos haber paseado el domingo por los Viveros de la Villa, y que al pasar junto á dos ó tres grupos que sumarían 150 personas (1), un amigo insinuó que serían republicanos conmemorando la batalla de Alcolea; lo que entonces echamos á broma, por la inverosimilitud del número.

Pero no cabía duda; en el coche iba un

---

(1) Rigurosamente exacto.

sombrero de media copa—vulgarmente llamados «Felipe II»—, que un republicano de los que no se deciden á llevar copa alta, sólo usa para casos extraordinarios...

Amenos incidentes como éste fueron los únicos indicios de que se celebraba una manifestación liberal ayer tarde.

Por lo demás, la manifestación, ya formada, corrió muchas calles.

Tal vez corrió tantas pensando en lo que se dice de la bola de nieve.

Pero aquella bola de nieve, ridícula porque trataba de enmascararse con el fuego del entusiasmo, ni se hacía más grande ni daba chispas.

Ni siquiera daba risa. Porque los hombres cuando están en ridículo dan pena. Y los pueblos cuando por unos pocos hombres no tienen paz, riqueza, ni gloria, dan pena también...

Los mismos informadores liberales calculaban en 500, en 1.000, en 1.500 y el que más en 3.000, el número de los manifestantes.

Habría 1.200.

Esto no obsta para que un periódico liberal de la noche—que por cierto cree tener ingenio y hasta cree que nos desprecia—diga, con tipo gordo y renegreante, que pasaron de 40.000.

Si así se escribe la historia de unas cuan-

tas horas antes, para que la lean los propios actores y espectadores, calculad lo que se enseñará á los pobres niños de las escuelas laicas.

¡No hay poetas de corazón que arranquen lágrimas de sus liras ante los crímenes de lesa infancia!

¡Pobres niños! Antes que estén formados sus sentidos, ya tienen desarticulada la inteligencia para que se pasen la vida sin otra aptitud que la de hacer títeres políticos y revolucionarios...

De entre ellos saldrán esas inteligencias castradas, que arrojan bombas, con buena fe, creyendo redimir á la humanidad.

De entre ellos saldrán esos conversos, atormentados é inquietos, que tejen con lacerías de su vida un libro titulado *Yo era impío*, y que no aciertan á ser buenos, ni á no serlo.

¡Pobres niños! En otros países—y aun en añejos tiempos—la ley les hubiera protegido, no consintiéndoles manifestaciones políticas hasta determinada edad razonable de la vida. Aquí, á la edad de enseñarles amor y virtud, se les caldea en odios y vanidades. ¡Qué captación de inteligencias indefensas!

¡Y, por desgracia, son ya lo menos cien criaturas!

Al lado suyo iban los personajes liberales y republicanos, que, cuando caiga Maura, se-

rán ministros, directores generales, los amos, en fin, de España. Pero bastante cosa podrán esperar esos niños de quienes echaron á las maniguas cubanas millares de españoles á perecer, en otro orden, igualmente indefensos.

¡Buen bagaje el de la manifestación liberal! Tomad las pinzas: Moret, Romanones... *et sic de ceteris*... Me parece que los tenemos de memoria.

Estos buenos señores políticos parecían unos parientes ricos, obligados, á pesar de cierto rubor, á caminar públicamente con sus parientes pobres.

Los republicanos innominados—esos hombres un poco biliosos, que sueñan con la República como las mujeres con el premio grande de la lotería; que se dejan dos tercios de sus ingresos en cuotas, donativos, cepillos laicos, suscripciones, banquetes y escribanías regaladas á escote; que son dichosos el día que estrechan la mano á D. Miguel, á D. José, á don Melquiades ó á D. Facundo; que hablan en una jerga intrincadamente ruda, con mezcla de su corta ilustración, reminiscencias del difunto don Nicolás, y contrafiguras de las difuntas *Clorindas*; que en el fondo, los más de ellos, son unos buenos hombres, y, alguna vez, admirables,— esos eran los parientes pobres...

Iban ufanos, profundamente, excesivamen-

te satisfechos, acercándose, rodeando á los fantasmones liberales, como diciendo: ¡Estos señorones son parientes míos! ¡Todos somos un bloque compacto!

Atrás se echaban los que no acaban de ver claro esto del bloque, los que por triste y particular experiencia no confían mucho en los suyos, y por más triste y general experiencia desconfían absolutamente de los liberales monárquicos.

Tal vez estas fiestas republicanas han tenido tan escaso número de asistentes por eso.

La opinión liberal no ha muerto, pero está desencantada, justificadamente desengañada.

Un día ú otro era fatal que sucediese.

Pero no nos engriamos. Nuestro desarrollo tiene su valor importantísimo; pero no han sido nuestros actos los que han obtenido este éxito.

Ello ha sucedido porque era forzoso; pero quien más ha contribuido ha sido y es... la Prensa liberal.

Sus armas exigen que el público sea demasiado bobo.

Pero á fuerza de golpes aprende el burro.

Esa Prensa se ha creído todopoderosa, y los politicastros, y todos los parásitos de la Patria lo han creído también.

Han apretado tanto la máquina, que el

pueblo, aunque bobo, se ha hartado de ver el juego.

¿Qué podrán decir los que lean eso de los 40.000 manifestantes?...

Obtengamos una enseñanza. Seamos tácticos. A nuestros derroches de entusiasmo y de fuerza, unamos, tan extensa y tan intensa como sea posible, la labor positiva que en pequeño vamos realizando.

Y entonces, con guerra y aun sin guerra, la civilización cristiana española renovará bien pronto sus flores de libertad, de progreso, de justicia, de piedad y de gloria.

Los que ya caen de su error, verán luego más fácilmente la verdad, si la vamos labrando en realidad viva.



## Dos manifestaciones.

---

◆ 25 Octubre 1909. ✻

Querido lector: ayer se realizaron dos importantes manifestaciones.

Bien diferentes, por cierto.

Una de ellas sin necesidad de gastar un cuarto en pregonero.

La otra, *Pro Ferrer*, preparada con frenesí, anunciada con derroche, ¡cara, muy cara! ¿Quién puede calcular el dinero que para celebrarla habrán dado los judíos de todo el mundo; los productos de su trabajo con que se habrá hecho contribuir á los esclavos de la Casa del Pueblo; la sangre del contribuyente que, convertida en pago de tributos, habrá salido ahora de los *fondos de reptiles* para que los *reptiles se manifiesten* contentos?

La primera de estas manifestaciones se celebra todos los domingos, todas las fiestas, easi con la misma importancia, todos los días.

Y se celebra en todo el mundo. Y hace tantos siglos que se celebra...

La otra es cosa extraordinaria de ayer tarde. Y estuvo á punto de no celebrarse. Si no hubiera sido por unos cuantos extranjeros llegados de fuera, que lo exigieron, nos quedamos sin manifestación.

La de todos los domingos tuvo mucha importancia.

Los manifestantes, con toda libertad, sin previo acuerdo, se personaban ordenadamente en las ciento cincuenta iglesias que próximamente tiene Madrid. Desde las seis de la mañana hasta la una y media de la tarde, estuvieron llenas las iglesias, renovándose la muchedumbre cada media hora. Porque, unas con otras, en cada iglesia se dicen quince Misas, ó sean dos mil doscientas cincuenta en total. La mayoría de los templos son muy grandes; á primera hora todos estuvieron muy concurridos; desde las diez y media todos estuvieron atestados. Suponiendo, sin exageraciones, ciento cincuenta personas por templo y Misa, resultan 337.500 manifestantes.

En este cálculo no se han tenido en cuenta los curas, los sacristanes, los monaguillos, los frailes y las monjas, que, en opinión de los manifestantes de por la tarde, son muchísimos.

No se incluyen los concurrentes de última hora á los Jerónimos y el Buen Suceso.

Tampoco se han contado, claro está, los enfermos, los justamente impedidos de asistir y muchos perezosos que ya se irán enmendando: todos ellos personas que lamentan no haber ido.

En la otra manifestación apenas hubo concurrencia.

Digo que apenas hubo concurrencia, en proporción con los 337.500 manifestantes madrileños de todos los domingos.

El cálculo, hecho del modo más amplio, es el siguiente: una docena de extranjeros, de esos que han organizado los alborotos por ahí fuera: los que han intentado el *boycottage* contra España, proyectan estatuas al ajusticiado de la Escuela Moderna y quieren hacer algo internacional para la Soledad Villafranca.

Vamos a *poner* mil diputados, senadores y concejales. No podrá decirse que me quedo corto.

Son mil doce.

Para todos los *Comités, Fraternidades, Iris-progresos* y demás cosas graciosísimas: el disparate de dos mil. A lo mejor, cinco *Comités* están representados por una sola persona... porque... ¡estos plebiscitarios!...

Suponemos que son tres mil doce.

En la Casa del Pueblo hay unas 30.000 inscripciones. Muchos nombres se repiten en la Cooperativa socialista, en la Sociedad del Par-

tido, en la Agrupación de resistencia y en veinte ocasiones más; pero contémoslas como si cada inscripción fuese una persona.

Hay que tener presente muchas cosas, por ejemplo, que á la socaliña de los socorros por paro, huelga, enfermedad, vejez, etc., en la Casa del Pueblo están inscriptos obreros de todos los matices políticos.

No obstante, suponemos que son ya: treinta y tres mil doce.

Pensadores del Ateneo... Yo no sé, yo no sé; este es el renglón más difícil. ¿Cuántos serán esos intelectuales del Ateneo que han leído á Kant, deglutido la obra de Spencer, refutado á Santo Tomás, soportado á Luis Vives y Raimundo Lulio y deducido consecuencias de Max Stirner?...

¿Serán un millón?... No; no deben llegar á un millón... Bueno; los dejaremos en un ciento.

Treinta y tres mil ciento doce.

Trapisondistas politicantes de escaleras abajo, tribunos incipientes, *institutores* laicos, provincianos avanzados, gente que trata á Soriano ó que toma el café del mismo sitio que Nongués, é industriales que caen del lado de la libertad, como la vendedora de los *repollitos republicanos*: otros mil.

Llegamos generosamente á suponer que son: treinta y cuatro mil ciento doce.

Masa neutra ó epicena ó *ambigua*; esto es,

intereses de la inmoralidad —taberneros, lecheros, prestamistas, etc., etc., á quienes *perjudicaba* realmente el mando de La Cierva—, alarguémonos á suponer que son nada menos que diez mil.

Y se ha acabado.

Así, pues, magnánimamente, mucho más de lo que el buen sentido puede concebir, hemos llegado á tolerar la inverosímil suposición de que en la manifestación de ayer tarde, á fuerza de fuerzas, jaleos, periódicos extraordinarios, entrenamientos del extranjero, por una vez en la vida, se pudiesen reunir, todo lo más, cuarenta y cuatro mil ciento doce hombres.

¡Da lástima, verdaderamente da lástima, tanto esfuerzo, además de mal dirigido, inútil aun para sus deseados fines!

¿Qué es eso al lado de los 337.500 madrileños que van á los templos todos los domingos?

Pero la realidad no es tan generosa como mi cálculo: ¿cuántos eran? —se preguntaba anoche á los que habían visto el desfile.— Y respondían: Cinco ó seis mil.—Siete ú ocho mil.—Nueve ó diez mil.—Y de aquí no se pasaba.

Cuentan que en cierto café un periodista contestó á esa pregunta:—Para entre nosotros, quince; para el público, ciento cincuenta mil.

También corrió la especie de que la manifestación estuvo á punto de no llevarse á cabo.

Moret, en el Poder, llamó á alguien y dijo: —Ya no habrá manifestación, ¿eh?; no tiene objeto.

Y los interpelados asintieron, aunque reservándose consultar. Se consultó á diputados y senadores; éstos lo hicieron al Comité ejecutivo, y el Comité á los extranjeros, cuya llegada á Madrid anunció Soriano en el Congreso.

¡Válame Dios!, y cómo les sentó la embajada.

¿De modo que en toda Europa se promovían tumultos protestando de lo que *pasaba* en España, y aquí, brazo sobre brazo los que en calidad de víctimas tenían mejor pretexto para alzar el grito?... ¡De ninguna manera! Eso sería para pedir, como dice el pueblo, que les devolvieran el dinero.

Y fué preciso hacer la manifestación.

Eso sí, con muchísimo orden, se ha recomendado en las proclamas y de todos modos el orden. Sólo al pasar delante de *A B C* algunos manifestantes silbaron, pero el edificio está intacto y no hay que lamentar desgracias personales. El orden ha sido perfecto; si acaso hubo algunos católicos prevenidos, afortunadamente perdieron el tiempo.

Esto no quiere decir que en las dos mani-

festaciones el orden signifique lo mismo. Para la do por la tarde el orden es un motivo más de fracaso y de ridículo ante la Europa... *consciente*. La realidad tiene unos absurdos tan ciertos como comprensibles.

Esa manifestación que ayer tenía un pretexto y hace ocho días otro; que en el fondo era odios, venganzas, envidias, hambres inconfesables, apologías inverosímiles, urdimbre de patrañas, y borreguismo y candor trisísimos, hasta en la apariencia se dirigía personalmente contra dos hombres.

No se intente buscar qué es lo que esa manifestación desearía hacer: nada; indáguese qué es lo que querría deshacer: todo el orden: la virtud, el derecho, la verdadera ciencia, y aquellos hombres dispuestos á sostenerlos.

Contra la virtud quieren todo lo que comprensiva y definitivamente llaman Rebeldía; contra el derecho, Anarquía y Revolución; contra la verdadera ciencia, la opinión de cualquier osado sin disciplina mental y á veces sin mente, que se meta á maestro laico ó presuma demoler el esfuerzo de cien generaciones con un nuevo sistema del mundo.

Contra los hombres que no piensan como ellos, ¿es necesario repetir que quieren la muerte? Oid á sus voceros, leed sus periódicos y recordad sus hechos.

¡Qué diferente, en cambio, la otra manifestación!

Ayer se leyó en las iglesias aquella parábola del Evangelio de San Mateo sobre el perdón de las afrentas. El reino de los cielos es comparado á un hombre rey que perdonó á su siervo diez mil talentos, compadecido de sus súplicas. Mas luego el siervo, sin compasión, hizo poner en cárcel á un compañero que no pudo saldarle deuda de cien denarios. Sabiéndolo su señor, recriminóle contrastando la conducta suya y la de su siervo, y enojado le mandó castigar.

Y los cristianos aprendíamos ayer: «Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de vuestros corazones cada uno á su hermano».

Y de corazón perdonábamos á nuestros hermanos que nos desean la muerte, que aprovechan toda ocasión para afrentarnos; de corazón —Dios lo sabe— rogábamos por ellos.

De corazón y no por temor, pues para escuchar ese Evangelio, que es la salvación de los pueblos, nos pusimos en pie, como testimonio de estar dispuestos á dar la vida por defenderle y sostenerle.

Con más decisión quizá que nunca, porque también ayer escuchábamos: «Estad, pues, firmes, ceñidos en verdad y vestidos con la loriga de la justicia, y teniendo los pies cal-

zados en la preparación del Evangelio de la paz; sobre todo embrazando el escudo de la fe con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno.

\* \* \*

Sí, querido lector; ayer se celebraron dos manifestaciones.

Bien diferentes, por cierto.

FIN



# INDICE

---

	<u>Páginaa.</u>
<i>Excusas previas</i> .....	v
<i>Revolucionarios y antirrevolucionarios:</i>	
Individualmente... ..	3
Los conservadores de la anarquía...	10
<i>Dinámica liberal:</i>	
El Gobierno de los apóstrofes.....	19
España, conejo de Indias.....	24
<i>Cuestiones vascongadas:</i>	
Elogio de los vascos.....	37
Divagación vascófila:	
Prólogo.....	45
I.—Términos.....	48
II.—Politiquismo.....	51
III.—Individualismo fuerista....	55
IV.—El nacionalismo.....	59
Epílogo.—Maketania.....	63
Glosario vascófilo:	
Variaciones sobre una intención.	67
El "mundo," en Tolosa.....	80
Romanticismo "baserritarra,"...	85
<i>Cinematógrafo:</i>	
Sesión de "cine,".....	91
Una manifestación.....	102
Dos manifestaciones.....	109





Precio: UNA peseta.

---

IMPRIMIÉNDOSE

---

**En la Avanzada.**

Volumen II. — Breves divagaciones sociales y literarias.

— III. — Cultura. — Laicismo. — Un ministro á la barra.

— IV. — Dios. — Patria. — Rey.

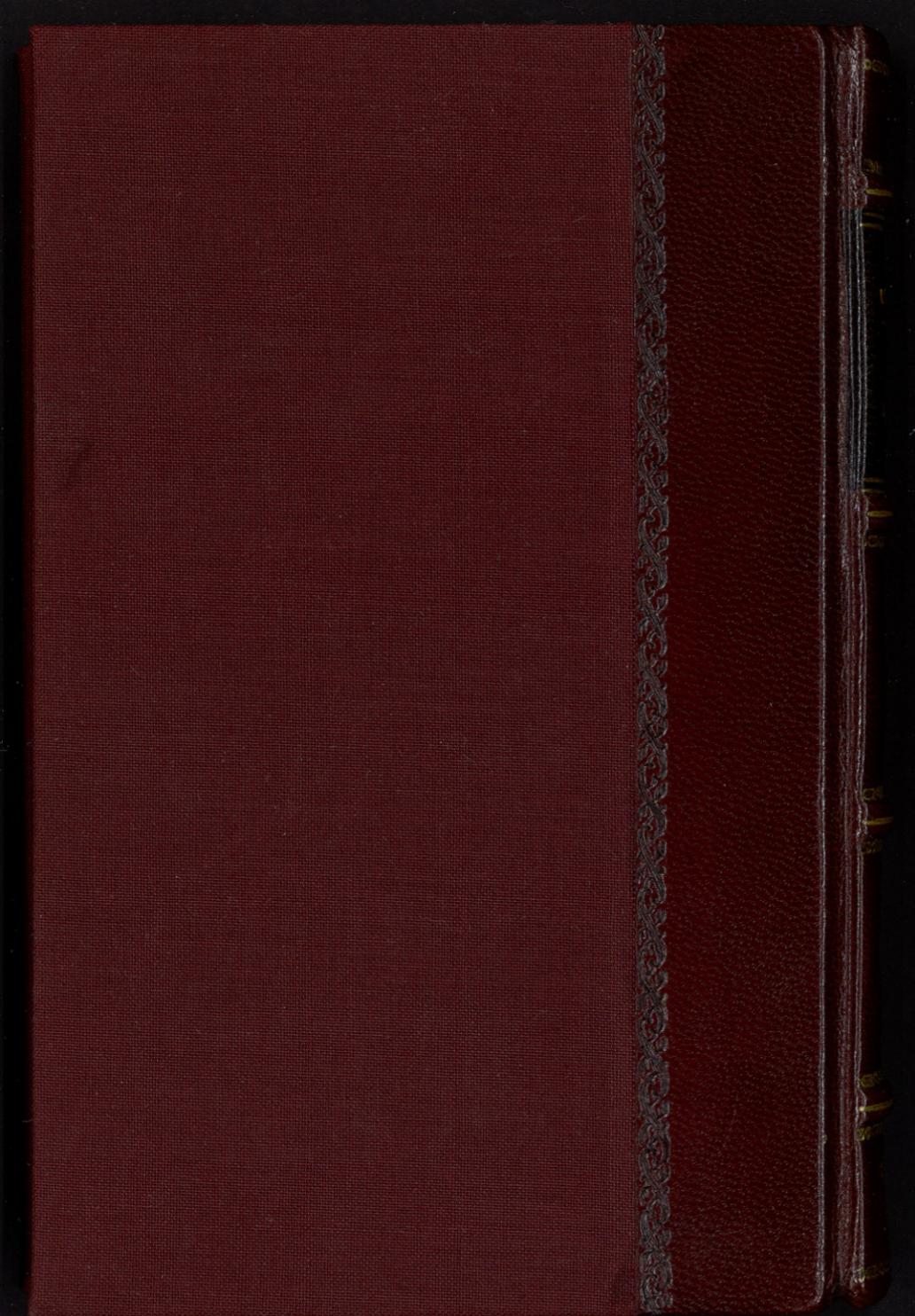
— V. — A través de una estrofa.

Y otros varios en preparación.











L. R.  
LARRA MENDI

EN LA  
AVANZADA



MADRID

1911

